

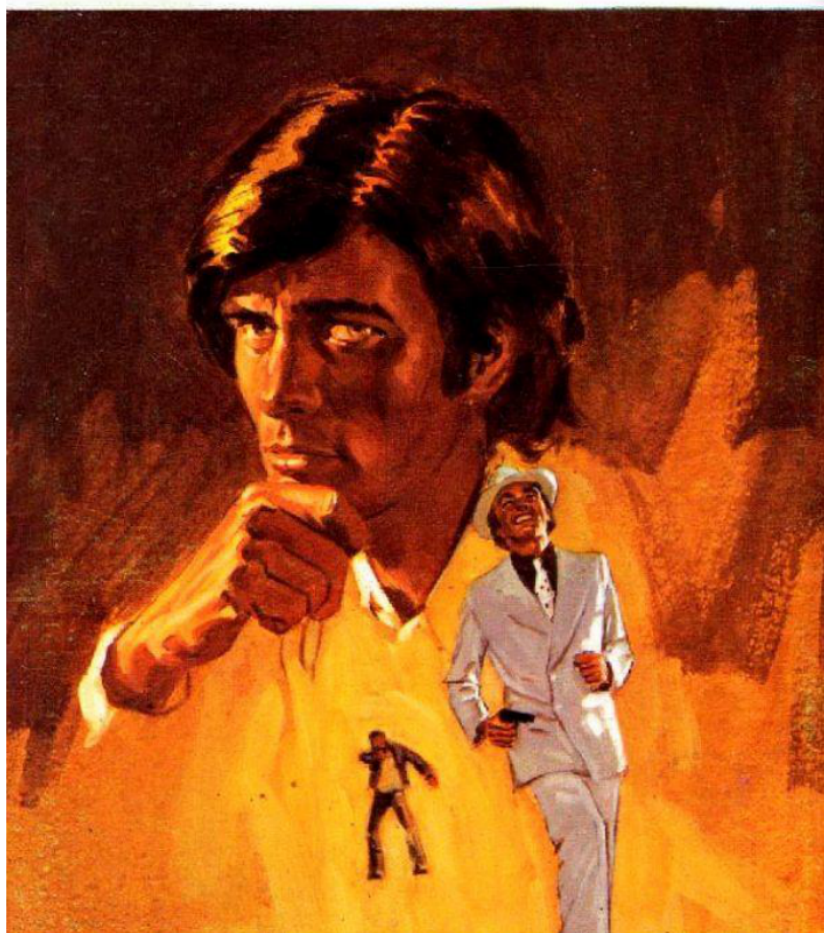
BOLSILLOS BRUJERÍA

PUNTO

ROJO

SALUDOS PARA EL AHORCADO

Silver Kane



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



SILVER KANE

SALUDOS PARA EL AHORCADO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 822
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 46.812 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: enero, 1978

© Francisco Bruguera - 1959

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El sheriff y las viejecitas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.428 — El enemigo público número 1.501
- En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital, Dodge City.
- En Colección KANSAS:
666 — Un buitre llamado Cox.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
787 — Cada hombre en su tumba.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
421 — Las horas piden venganza.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78 — Mariposas negras.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.
- En Colección LA HUELLA:
80 — Manchas de sangre en los ojos.
- En Colección BRAVO OESTE:
888 — Los estafadores.

CAPÍTULO PRIMERO

LA CASBAH

El hombre estaba ahorcado dentro de la habitación. Oscilaba aún como un péndulo, lo cual indicaba que lo habían sacrificado muy poco antes. Podía decirse que todavía estaba en las convulsiones de la agonía.

Leo dio un puntapié a la puerta, entró en la habitación y casi tropezó con los pies del ahorcado. Éste, con los ojos abiertos, parecía mirarle desde arriba. Leo manejó su pistola de reglamento, hizo un solo disparo y segó la cuerda.

El muerto cayó al suelo con un ruido blando y fofo.

—¡Condenada noche!

Varios «paras» de los que mandaba el general Massu, estaban detrás de Leo. Todos llevaban en las manos sus pistolas y algunos acariciaban además los mangos de sus cuchillos. Dirigieron al cadáver una mirada superficial, lejana. ¿Qué importaba un cadáver más en la Casbah de Argel?

Y más aún en una noche de sangre como aquélla.

Leo dijo ahora:

—¡Condenada ciudad!

—¿Qué le ocurre? —preguntó un teniente detrás de él—. ¿Dónde ha encontrado ese muerto? ¡Por una legión de marranos! ¡Pero si es Berzel!

—¿Y quién cuerno es Berzel?

—Uno de nuestros espías en la Casbah. Berzel nos daba cuenta de los movimientos del Frente de Liberación. Han debido descubrirlo todo y lo han ahorcado.

—Pues ha estado de suerte. A otros los degüellan.

—Creíamos tener dominada ya la Casbah —murmuró el teniente

—, y no hemos hecho más que empezar.

Sí, no habían hecho más que empezar.

La bomba de mano, volando desde la ventana, llegó hasta ellos como un cariñoso mensaje de bienvenida.

Leo consiguió darle un puntapié, y el petardo explotó en la pared haciéndola astillas. El teniente lanzó una salvaje maldición mientras otra granada llegaba a su encuentro en ese instante. Todas venían de la misma ventana y las arrojaban más de un hombre. Ahora Leo no pudo darle un puntapié. Tuvo el tiempo justo para empujar al teniente, a su amigo Clouzot, y lanzarse él en plancha hacia un ángulo de la pieza.

La bomba estalló junto a la puerta, y la metralla roció como una salvaje salpicadura al teniente de paracaidistas que estaba junto a ella. La sangre empezó a manar a borbotones de sus heridas, mientras el oficial corría a pesar de todo hacia la ventana y empezaba a disparar contra ella como un verdadero loco.

El argelino que acababa de tirar la segunda bomba estaba aún allí, con otra granada en la mano. Recibió el plomo sobre la boca, entre los ojos y en una sien. Su cabeza entera se desintegró como si hubiera chocado con una hélice. El teniente llegó hasta él, lo abrazó mientras aún lograba sacar su cuchillo y se lo clavó dos veces en la garganta. Los dos hombres cayeron desde el alféizar, rodaron sobre la azotea y terminaron muertos, juntos aún, en una de las callejuelas de la Casbah.

Dos argelinos más, armados con metralletas, huyeron en dirección a un arco en forma de media luna que había entre los tejados.

Leo les siguió.

Era un hombre solo.

Desde la ventana Clouzot hizo un disparo, pero no logró alcanzar a ninguno de los dos fugitivos. Éstos se volvieron a la vez y empezaron a rociar con plomo todos los alrededores. No vieron a Leo, que, como un gato, se arrojaba desde las sombras.

Un cuchillo contra dos metralletas.

El argelino que estaba más cerca gritó avisando a su compañero cuando sintió que algo pesado y duro se clavaba en su estómago. Tardó en comprender que aquello era la cabeza de un enemigo. Soltó la metralleta mientras rodaba por el suelo, y lanzó un grito de

dolor cuando el cuchillo, en un terrible tajo longitudinal, le abrió de arriba abajo.

El otro levantó su arma. Apenas podía ver en la obscuridad de la noche, pero se guiaba por los gritos. Dominado por el terror, empezó a disparar a tontas y a locas buscando un enemigo que se escabullía como los fantasmas. Leo le animó:

—Estoy aquí, pocho.

Las balas cambiaron bruscamente de dirección. De repente la metralleta saltó por los aires a consecuencia de un puntapié, y el argelino desenvainó su cuchillo mientras veía claramente al enemigo por primera vez.

Un tipo alto, moreno, de ojos que le parecieron muy oscuros, pero que tenían un extraño reflejo gris, barbilla enérgica y piel tostada por el sol. Con músculos de acero.

Los dos se miraron con los cuchillos preparados. Leo, que pudo haber usado su pistola, ni siquiera se acordó de ella. Sonrió al ver que el otro le atacaba haciendo una finta.

—A ti te van mejor las bombas a traición, hermano —dijo.

Detuvo la puñalada con un golpe en la muñeca de su enemigo; le propinó en seguida un cabezazo en plena cara para aturdirle y entonces le clavó el puñal hasta el fondo trazando con él un movimiento de «Z». El argelino lanzó un alarido y cayó muerto desde la azotea a la calle.

Leo limpió la hoja en una de las botas, volvió a enfundarla y regresó poco a poco a la habitación donde antes habían visto al ahorcado.

Clouzot estaba inclinado sobre éste y sobre el cuerpo de otro paracaidista muerto. En toda la casa, en toda la calle, en la Casbah entera, se oían disparos, maldiciones y gritos de agonía. Antes de saltar por la ventana, Leo vio desde fuera que por detrás de Clouzot aparecía un argelino armado con un revólver y apuntándole directamente a la nuca.

—Mala suerte, perro —dijo Leo.

Hizo un solo disparo con la pistola y le voló la cabeza.

Clouzot se volvió como si le hubiese picado un reptil. Tuvo un estremecimiento al ver detrás de él al argelino muerto.

—¡Cuerno! ¡No había oído nada!

—Para el sitio adonde ibas a ir, maldita la falta que te hacía,

Clouzot. Ese tipo te habría eliminado con toda delicadeza.

—Pero ¿es que esto está infestado? ¿Salen de debajo de los ladrillos? ¡En mi vida había visto tantos terroristas como esta condenada noche!

—Es que estás en el centro neurálgico de la rebelión, Clouzot: en la romántica y ensoñadora Casbah de Argel. Aquí las mujeres son complacientes y los hombres se divierten por las noches con románticas músicas de violín. ¡Vamos, echa a ese tipo por la ventana!

Clouzot recogió el cadáver en sus brazos y lo arrojó para que rodara hasta la calle. Así sería mucho más sencilla la tarea para los del servicio de identificación.

Luego miró a Leo. Clouzot tenía los cabellos rubios, los ojos azules y la boca pequeña y bien dibujada como la de una niña.

Pero eso era sólo por fuera.

Por dentro, Clouzot resultaba un tipo que había ido a parar a los paracaidistas de Massu, porque le gustaba la guerra cuerpo a cuerpo, porque los disparos a quemarropa sonaban para él mejor que los otros, y porque la peligrosa y traidora Argel debía parecerle la más encantadora de las ciudades del mundo.

Clouzot era francés del Midi, y Leo español.

La historia de Leo, que había rodado por medio mundo buscando aventuras antes de dar con sus huesos en Argel, hubiera bastado para llenar un libro con más de dos millares de páginas.

Pero rebelde, poco dado a obedecer y muy partidario de hacer siempre «la guerra por su cuenta», era difícil que obtuviese ascensos. Ni le importaban, porque Leo se sentía muy a gusto así.

Extrajo de un bolsillo de su guerrera un paquete de cigarrillos y lo arrojó a Clouzot.

—Anda, fuma. Todavía te están temblando los labios.

Clouzot fumó.

—¿Sabes que me has salvado dos veces la vida esta noche, Leo?

—No; no lo sabía.

—Nunca he visto un tipo tan raro como tú. Das la misma importancia a tomarte un aperitivo que a incendiar la Casbah.

—Lo del incendio déjalo para los argelinos; lo hacen muy bien. Yo prefiero el aperitivo.

Encendió un cigarrillo él también, y los dos hombres empezaron

a descender por las tortuosas escaleras de la casa. Los disparos parecían haberse alejado y daba la sensación de que la operación de limpieza estaba a punto de terminar en aquella zona del distrito.

Abajo, en la calle, había al menos dieciocho muertos. Casi todas las luces del alumbrado público estaban destrozadas a balazos, y en la calle reinaba una oscuridad completa, casi impenetrable, sólo rasgada por los haces de las linternas que iluminaban a los muertos.

—Bonita noche —susurró Clouzot.

—Tú y yo hemos pasado otras peores. ¿Recuerdas aquellas luchas callejeras en Constantina? ¿Y aquellas intervenciones en las granjas que los rebeldes acababan de asaltar?

—Siempre recordaré aquella madrugada en que te liaste a cuchilladas con cuatro argelinos que acababan de asesinar a una mujer y los dejaste tendidos a todos. Tú nunca has podido soportar que hagan daño a las mujeres, Leo. Creo que jamás te he visto pelear como aquella noche.

—Lo hice para quitarme el sueño. Estaba aburrido.

—Dentro de seis meses termina tu compromiso con el ejército. ¿Adónde piensas ir?

—Volveré a España seguramente; pero antes..., ¡antes voy a estar tres meses en París sin hacer absolutamente nada! Me gastaré todo el dinero de las pagas entre la Trinité y la Place Blanche. Hace..., ¡hace tres años que no veo París, cuerno!

El capitán Renaudot se acercó a ellos. Se cuadraron para saludarle.

—¿Cómo ha muerto el teniente Barrés?

—Una granada, señor. Explotó a sus pies, pero aún tuvo tiempo de exterminar al que la había lanzado.

—Barrés sólo tenía veinticinco años. Iba a casarse en su próximo permiso. ¿Por qué diablos lo traería a la Casbah esta condenada noche?

—Todo depende de si su novia era guapa —gruñó Leo.

—¡Es usted un maldito cínico! ¡No se atreva a pedirme permiso mientras yo esté al frente de la compañía!

—¡Oh, no! ¡Con lo bien que se está en Argel!

El capitán Renaudot le dirigió una mirada de cólera y contempló luego al otro, a Clouzot.

—Usted tiene permiso concedido para ir a Francia la semana que

viene, ¿no?

—Exacto, mi capitán.

—¿Y dónde piensa disfrutarlo?

—En París, naturalmente.

—¿Sabe que aquello también es peligroso y que los soldados tienen que ir armados y en grupo? ¿Sabe que anoche hubo un atentado contra el ministro Soustelle?

—Yo iré poco por la calle, mi capitán. Pienso meterme en cualquier tugurio y pasar allí el permiso.

—En tal caso, no olvide escribir a su amigo. Le dará mucha envidia cuando reciba las cartas en el calabozo.

Dio media vuelta, y los dos soldados le saludaron. Leo, paracaidista de primera, y Clouzot paracaidista de segunda. Dos tipos destinados a morir en Argel cualquier día, en cuanto una bala mejor dirigida que las otras los hallara en su camino...

La bala estaba a punto de llegar.

—Vamos hacia ese arco. Tengo que decirte algo a propósito de mi permiso en París.

—Está bien, lo que tú quieras.

El arco era blanco y por eso se podía distinguir vagamente en la oscuridad. Estaba medio en ruinas, como casi toda aquella parte de la Casbah. Más allá había una calleja negra como el fondo de un pozo.

Caminaron unos pasos hasta atravesar el arco. Clouzot parecía estar ansioso por decir algo a su amigo. Rascó un fósforo y encendió un cigarrillo que va tenía en los labios.

Sus manos temblaban ligeramente.

—¿No crees que es una imprudencia, Clouzot?

—¿Lo del cigarrillo? ¡Bah! Todo esto está lleno de «paras». No queda un terrorista vivo en dos millas a la redonda.

Fue en ese momento cuando Leo tuvo que gritar:

—¡Cuidado!

Había visto brillar algo detrás de la espalda de Clouzot. Sólo un instante, como un fulgor. Se oyó un seco estampido, acompañado de un fogonazo, y Clouzot cayó hacia adelante, en brazos de su camarada.

Leo ya había sacado su pistola, pero tuvo que disparar al azar. No veía absolutamente nada. Notó que Clouzot iba resbalando, que

se abrazaba a sus rodillas y que luego caía definitivamente a tierra.

Se inclinó sobre él.

—Llamaré a los sanitarios. Las tropas están aquí cerca...

—No te muevas, Leo... —La voz de Clouzot era un susurro—. Me han dado bien esta vez.

—Razón de más para...

—Si te vas podrías encontrarme muerto cuando volvieras. Y necesito decirte algo..., algo muy importante.

—Está bien, habla. Pero ¿no puedes esperar a que te recoja un sanitario?

—No quiero correr el riesgo de morir sin hablarte... Acércate más. No puedo ver nada...

—Yo tampoco te veo, Clouzot, pero no te inquietes. No es tu herida sino la oscuridad de la calle. Habla...

Clouzot susurró:

—Yo estoy casado y tengo una hija.

—¿Cómo...?

—Sí, en París, cerca de la Bastilla. En la rue Turenne. ¿Tú conoces todo aquello? Plaza de los Vosgos, rue des Francs Bourgeois, rue du Pas de la Mule... Muy cerca está el museo Carnavalet. Pero ¿para qué diablos... te hablo de museos en una noche como ésta?

—Deja. Conozco todo aquello como la palma de mi mano. Viví dos meses en una vieja casa de la rue Saint-Antoine.

—Pues allí... encontrarás a mi esposa. Pregunta por Lucile Grey. La conocen todos... porque trabaja en un salón de variedades.

—No podía imaginarme nada de esto, Clouzot. Llevamos dos años juntos y nunca me habías hablado...

—Todos los que servimos voluntarios en Argel puede decirse que tenemos algún secreto, ¿no? Tú también tendrás los tuyos...

—Es cierto. No te excites.

—Pues bien..., estoy casado y tengo una hija de tres años. Pensaba formalizar nuestra situación ahora, cuando regresase a París con permiso. Pero me temo... que no podrá ser.

—No te preocupes por el balazo. Yo he recibido tres y sigo con vida.

—Uno ya sabe... cuándo le cazan bien. Pero no perdamos más tiempo, Leo. Tú eres el único amigo que tengo. Debes ir a París y...

proteger a Lucile.

—No te preocupes. Le pasarán una pensión y yo le entregaré todo el dinero de mis pagas. Cuando me licencie puedo incluso hacerme cargo de la niña. La llevaré a España y, aunque soy un mal bicho, prometo convertirla en una mujer.

—Eso es lo de menos, Leo.

—No te comprendo.

—Lucila no necesita dinero. Ya te he dicho que ella actúa en un salón de variedades, y nuestra hija tiene más de lo que necesita. Lo único que yo pretendo...

La voz de Clouzot se había ido haciendo balbuciente. Leo tenía que hacer un gran esfuerzo para comprender lo que el otro decía.

—... Lo que yo necesito es que les prestes una ayuda mucho más importante. ¿Tú recuerdas el robo a la joyería Bonlieu?

—Sí... Leí algo acerca de eso.

—Cuatrocientos millones de francos en joyas. ¿Recuerdas las fechas? Fue justo un mes antes de que yo ingresara voluntario en el ejército y pidiera ser destinado a Argel.

Leo empezaba a comprender. Y unas gotitas de sudor frío comenzaban también a perlar su frente.

—Cuatrocientos millones en joyas...

—Las robamos entre tres hombres. No fue fácil, por supuesto... Uno murió a consecuencia de los disparos de la policía. El otro fue identificado al día siguiente y muerto a tiros cuando intentaba huir. Sólo quedé yo... y comprendí que si quería seguir viviendo tenía que salir inmediatamente del país y deshacerme de las joyas.

—Pero ¿tú, un hombre con una hija, cometiste esa insensatez?

—Necesitaba dinero, mucho dinero, con gran urgencia. Además, el golpe parecía fácil. Nos pusimos de acuerdo y... Bueno, si quieres el relato completo puedes leer los periódicos de la época. El único que quedó por identificar fui yo, de modo que guardé las joyas en un maletín color rojo, alquilé un departamento en la cámara acorazada de la Société Parisienne de Banque, que hay frente a la joyería de Bonlieu y allí deposité los cuatrocientos millones. Han estado dormidos a unos pasos de donde se cometió el robo sin que nadie lo sospechara. ¿Has notado que yo llevo siempre una cadena colgada del cuello, Leo?

—Sí, claro.

—Es la del departamento. Número 63. Recuérdalo. 63. Arráncame la llave y guárdatela. Tienes que volver a París, abrir ese departamento y recuperar el maletín rojo.

—¿No crees que eso podrás hacerlo tú mismo, Clouzot?

—Es inútil que intentes animarme... No podré. Además no quiero limitarme a pedirte que des parte a la policía porque entonces se sabría que yo fui uno de los atracadores, y la vergüenza caería sobre mi mujer y mi hija. Lo que debes hacer es bien distinto.

—Lo sé. Llevarme el maletín rojo...

—No intentes abrirlo porque no podrás. A propósito destruí las llaves y soldé la cerradura. Hace falta cortar la piel para poder sacar su contenido.

—Comprendo.

—Una vez lo tengas en tu poder puedes hacer dos cosas: Quedarte con las joyas y convertirte en millonario sin que nadie sospeche de ti o devolverlas a la policía. Yo te ruego que hagas esto último...

—No dudes de que así será.

—Quiero que la entrega la hagas inmediatamente después en la Prefectura de Policía del Sena. Toma un taxi desde el Banco directamente hasta allí... No quiero ni pensar que por el camino... pudieran robarte. —Leo pensó que a pesar de la trágica situación la cosa tenía su gracia. ¡El ladrón sentía miedo a que robasen a su mensajero! Pero afirmó con la cabeza silenciosamente.

—Lo haré como tú dices.

—Ve de uniforme. Así no te cachearán en la puerta.

—No creo que tengan inconveniente en dejarme pasar. Lo más que puede ocurrir es que me acompañe algún gendarme. Pero haré al pie de la letra todo lo que tú me indicas.

—Entregas el maletín, dejas que lo abran y dices que un compañero te confió ese secreto antes de morir. De ti no podrán sospechar nunca como autor del asalto, porque en esas fechas estabas en Estados Unidos. Lo he visto en tu hoja varias veces... Al contrario, te darán probablemente una buena recompensa.

—Las recompensas no me importan, Clouzot. Pero ¿por qué no escribo directamente a la policía una carta anónima, explicando dónde pueden encontrar las joyas robadas?

—Porque la caja está alquilada a mi nombre, pequeño idiota...

El único procedimiento de que se entregue el maletín sin que yo aparezca es el que te digo. Sólo sabrán que uno de los ladrones estaba con los «paras» de Massu. A ti no podrán sacarte nada más ni cogerte en ninguna contradicción porque lo que vas a decirles no es más que la verdad. El último encargo de un compañero moribundo... La verdad. Lo que te agradeceré es que... antes de recoger ese maletín vayas a ver a Lucile. Si ella tiene un proyecto mejor que el mío hazle caso. Es una mujer muy..., muy sensata.

La voz de Clouzot se apagaba por momentos. Estaba a punto de morir. Leo palpó la llave en su cuello, tiró de ella hasta romper la cadena y se la guardó.

—Cumpliré lo que me pides. Pero ya has hablado bastante...

Se puso en pie y corrió hacia la calle vecina, donde estaban los soldados y habría algún sanitario. Se hallaba arrepentido de haber perdido tanto tiempo escuchando a Clouzot. ¡Quién sabe si atendiéndolo en el primer momento...!

Vio que en la calle vecina se habían encendido ya algunas luces. Sólo se oían disparos aislados. Un camillero avanzaba en dirección contraria.

—Hay un herido aquí cerca, vamos —dijo Leo.

Llegaron hasta el arco, que se divisaba vagamente en la oscuridad, y antes de entrar en la calleja una terrible explosión estremeció sus oídos.

Varias granadas acababan de estallar a la vez donde antes estuviera Clouzot.

Con la pistola preparada. Leo entró a pesar de todo en aquella zona del diablo. Y. vio entonces lo que quedaba de su amigo.

Nada.

Varias granadas habían estallado sobre él. No tenía cuerpo. Y sobre todo no tenía cabeza.

Leo cerró los ojos.

Sólo el recuerdo quedaba de Clouzot.

Y en París una mujer, una niña... y un maletín rojo.

CAPÍTULO II

PIGALLE

El hombre tarareaba en español:

Noche de verano en la Place Pigalle.

Era un viejo cuplé, una antigua canción que la madre de Leo debió oír centenares de veces en la Gran Vía de Madrid o en las Ramblas de Barcelona. Mientras la escuchaba, el joven, con los ojos entrecerrados, iba recordando su pasado, su infancia, todos aquellos tiempos que parecían tan lejanos y tan perdidos en las brumas de la añoranza. Mientras recordaba, seguía oyendo a su lado la vieja canción...

Je n'ai

pus

d'argent...

El metro se detuvo suavemente después de pasar la zona de anuncios: «Dubo... Dubón... Dubonnet»... Leo descendió y leyó maquinalmente el nombre de la estación «Chausée d'Antin».

La calle, contigua a la zona de grandes almacenes, estaba semidesierta a aquella hora. Leo echó a andar por ella. Iba a Montmartre, pero no sentía prisa; por el contrario, tenía ganas de andar. Llegó a la Trinité y enfiló a mano derecha la rue Pigalle. Allí comenzaba ya la zona nocturna, la zona de las tentaciones y de los *cabarets*. Todos los legionarios, todos los paracaidistas y todos los soldados que estaban en Argelia hablaban por las noches, con una desesperada nostalgia, de Montmartre, de los *cabarets* de Pigalle, de los bailes del Moulin Rouge y del encanto de las viejas calles que

suben hasta el Sacré Coeur. Hablaban del París que muchos de ellos no volverían a ver, porque una bomba los destrozaría o un puñal los degollaría antes de que regresaran. Y ahora Leo estaba allí, estaba libre y podía hacer lo que le viniese en gana.

Pero antes tenía que cumplir con el mandato de un muerto.

Salió de repente a la plaza iluminada, donde reverberaban los anuncios: «Les naturistes» «Narcisus...» Docenas y docenas de fotografías a color reproducían en las más variadas poses a las artistas que actuaban en los *cabarets*. Leo se detuvo a mirarlas. Un conserje, a su lado, le invitaba: «*Entrez, monsieur; vous aurez droit a une table, une grande bouteille de champagne et a regarder les plus belles filies de París...*».

«Me habrá tomado por un turista novato», pensó Leo. Y este pensamiento le desagradó porque él conocía los más importantes *cabarets* de Europa y de África. Más *cabarets*, seguramente, que aquel tipo que los anunciaba.

Iba ya a alejarse cuando de pronto leyó en uno de los anuncios luminosos:

LUCILE, LA CHARMANTE ATTRACTION DES VARIETES PARISIENSES

Se detuvo, dio media vuelta y entró.

—Es usted un hombre inteligente, señor —le dijo en español el conserje—. Sabe distinguir.

—¿Ha empezado el espectáculo?

—Ahora mismo.

Leo sabía por experiencia que en los *cabarets* de París el espectáculo siempre «acaba de empezar» para todo turista despistado que se adentra en ellos. Sonrió, pasó al interior y ocupó una mesa cerca de la pista. No había mucho público aquella noche y pudo elegir.

La sala y la pista estaban casi a oscuras. La representación consistía ahora en iluminar los pies de una mujer y los de un hombre, sencillamente. Según los movimientos de ambos, los espectadores reían a más y mejor. Leo cerró los ojos porque aquello le aburría y le daba un poco de asco. El era demasiado viril, demasiado hombre para tanta estupidez. Se bebió en tres minutos media botella de champaña y se acomodó en la silla calmosamente en espera de que actuase Lucile.

Ésta apareció en la pista muy poco después.

Era una mujer hermosa, alta, morena.

Todo lo que había en ella era necesario repetirlo dos o tres veces.

Resultaba una mujer poderosa, opulenta, quizá la más completa y bien formada que Leo había visto jamás. Era una mujer que imponía, que abrumaba. Muchos hombres debían sentirse pequeños e impresionados ante ella. Leo no, aunque tuvo que mirarla varias veces para convencerse de que pudiera existir una mujer tan hermosa.

No era angelical, tipo Pier Angeli, no. Ni falta que hacía, pensó Leo. Y se preguntó en seguida por qué una mujer así no estaba actuando en las grandes revistas del Folies-Bergere o el Casino de París, en lugar de en un *cabaret* de Pigalle.

La respuesta la tuvo en seguida, al verla actuar. Lucile no era una «modelo», en el sentido artístico de la palabra, puesto que resultaba demasiado impresionante. Las revistas preferían estrellas muy estéticas y muy graciosas. Lucile era demasiado majestuosa para actuar en conjunto. Allí donde estuviera ella no se debía poder mirar a nadie más.

Su actuación fue discreta y de cierta limpieza moral, puesto que ella no necesitaba estridencias para dejar boquiabierto al público. Leo la siguió movimiento a movimiento. Al terminar la actuación aplaudió calurosamente, y cuando se retiró Lucile pidió al camarero otra botella de champaña.

—¿Vuelve a actuar?

—¿Se refiere a Lucile, señor?

—Justo, a ella.

—En la apoteosis final, señor. Sale como última estrella. Y vale la pena.

—Gracias.

Depositó junto a la copa dos billetes de mil francos.

—Quisiera verla.

—Lucile no suele recibir a nadie, señor. Un americano le ofreció cinco mil dólares si le dejaba entrar en su camerino y ella le rompió una botella en la cabeza.

—Simpática la chica, ¿no?

—Para mí sí. A mí me gusta ver botellas rotas de vez en cuando, señor, sobre todo si es en la cabeza de un tipo que no tiene más

bandera que sus dólares.

—A mí me recibirá. Puede aceptar estos dos mil francos tranquilamente, porque va a ganárselos. Vaya a su camerino y dígame que un hombre quiere verla de parte de Clouzot.

—Me suena ese nombre, señor. Clouzot, Clouzot...

—Ande, vaya a su camerino.

El camarero asintió, pero no se dio prisa. Seguramente pensaba que aquel tipo loco no iba a conseguir nada tampoco y que no valía la pena correr. Pero diez minutos más tarde regresó con cara de sorpresa y diciendo:

—Madeimoselle Lucile le espera, señor...

—Gracias.

Leo fue al camerino. Entró sin llamar y vio que la estrella estaba terminando de ponerse un vestido. La ayudó.

Ella sacó la cabeza por el escote y le miró con ojos recelosos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo sencillamente Leo.

—Tiene acento español. ¿Me equivoco?

—No se equivoca. Soy español.

—Vienen muchos españoles a Pigalle —dijo ella vagamente, como queriendo indicar que la presencia de uno más no importaba.

—Yo no he venido a Pigalle. Yo he venido a verte a ti.

—¿Sabes que eres un poco impulsivo?

—Soy como me da la gana.

Comprendía que no debía hablar así, puesto que ella, al fin y al cabo, era la viuda de su amigo Clouzot. Pero no le gustaba que una mujer casada y que ya tenía una hija actuara en Pigalle. Algo le impulsaba a ser rudo, despiadado con aquella mujer. Pero en seguida se dulcificó su semblante cuando dijo:

—¿Cómo está tu pequeña?

—Bien. ¿Cómo sabes que tengo una pequeña?

—Me lo dijo Clouzot. He estado con él casi dos años en la tercera bandera de paracaidistas, y ahora me encuentro en París con un permiso de cuatro días. Sólo cuatro días. El capitán Renaudot no quiso concederme más a pesar de las circunstancias.

Ella encendió un cigarrillo.

—¿Quieres?

Le ofrecía una pitillera de oro.

—Acepto.

—El me habla a veces, en sus cartas, del capitán Renaudot —dijo vagamente Lucile.

—¿Te «habla»?

Un pensamiento terrible pasó entonces por la mente de Leo. ¿Acaso el Mando no había comunicado a aquella mujer la muerte de Clouzot? ¿Y por qué no?

Al fin tuvo que contener el ademán que iba a hacer de darse una palmada en la frente.

¡Claro! Nadie sabía en el ejército que Clouzot era un hombre casado. Sólo lo sabía él...

—¿Es que ocurre algo? —preguntó Lucile.

—¡Oh, no! Estoy tan poco habituado a tratar con personas civilizadas que me sorprende incluso vuestra manera de expresaros. Es natural que Clouzot te hable del capitán en sus cartas.

—Muy natural. Y ahora vas a contestarme con toda claridad a una pregunta —susurró Lucile mirándole al fondo de los ojos—. ¿A qué has venido?

—Es largo de contar. Será mejor que esperemos al fin del espectáculo para hablar con más tranquilidad. Tú vuelves a actuar antes de que esto termine, ¿no?

—En la apoteosis final. Salgo sola.

—¿Tendrás algún inconveniente si, también sola, te acompaño luego a tu casa?

—Lo tengo. Soy madre de una hija de dos años y jamás recibo visitas masculinas.

—Una costumbre muy elogiosa. Fija tú misma el sitio para vemos. Pero he llegado a París esta tarde y no estoy dispuesto a perder tiempo. He de hablar contigo esta misma noche.

—Bien. Tendrá que ser a las tres de la madrugada como mínimo. ¿Conoces la Plaza del Tertre?

—¿Y quién no?

—Antes de llegar a ella, en la rue Lepic, encontrarás un café que se llama Au Relais des Marchands. Está abierto toda la noche. Aguárdame allí.

Le tendía la mano. Leo susurró:

—Siento que seas la esposa de Clouzot.

—¿Y por qué?

—Porque así te libras de muchos peligros, muchacha. Lástima.

Le estrechó la mano con fuerza y salió del camerino.

No se entretuvo en el local. Había gastado diez mil francos en dos botellas de champaña, pero el resto del espectáculo no valía la pena para él. Salió a la plaza, siguió por el *boulevard* de Clichy hasta llegar a la Place Blanche y luego ascendió a la cima de Montmartre por la rue Lepic.

Observó que varios gendarmes con la metralleta montada estaban de servicio por aquella zona.

Las voladuras de los depósitos de gasolina en Roue los atentados en todo el país, la muerte que estuvo a punto de sufrir Soustelle, exministro para Argelia, significaban una nueva ola de terrorismo en todo el país. Y todos los gendarmes de la ciudad eran impotentes para contenerla.

Leo encontró el café que le habían indicado. Todo parecía tan tranquilo, tan distinto de Argel... Su viejo corazón de soldado sintió deseos de soñar. Pero no había venido a París para eso, sino para cumplir la última voluntad de un muerto.

De un muerto que no tenía cara.

Las tres de la madrugada llegaron cuando creía que acababa de sentarse allí, tanta y tan divertida era la variedad de tipos que desfilaban por aquella zona de Montmartre. Pero pasó el tiempo, dieron las tres y media y Lucile no llegó.

Leo esperó hasta las cuatro. Luego empezó a impacientarse seriamente y a mirar a su alrededor con atención por si la veía aparecer.

Nada.

Lucile no aparecía por allí. Era como si se la hubiese tragado la tierra, o como si una mano misteriosa hubiese arrancado de su memoria el recuerdo de aquella cita.

Leo pagó los dos vasos de Pernod que había tomado y empezó a descender hacia Blanche cuidando de no desviarse de la rue Lepic, por si Lucile seguía aquel trayecto como era lo más probable. Pero tampoco pudo verla.

¿Acaso se estaba burlando de él?

Fue de nuevo hasta Pigalle. El *cabaret* estaba cerrado. El conserje, con cara de reventado, se acariciaba pensativamente la barba.

—¿Que si he visto salir a Lucile? Claro que la he visto salir. Pero oiga, amigo, más vale que no pierda el tiempo con ella.

—Lo estoy perdiendo ya.

En el *boulevard* Rochechuart, Leo detuvo un taxi «D. S. 19» y se hizo conducir hasta la entrada de la rue Turenne, en el Faubourg Saint-Antoine.

La vida nocturna de París seguía incansable. Había bullicio y movimiento en la gran plaza de la Bastilla, pero las antiguas calles de aquel barrio Luis XIV, estaban silenciosas y tranquilas como si París se hubiese convertido de repente en una ciudad de la Edad Media.

Leo encontró un café abierto y preguntó al dueño:

—¿Conoce a una artista llamada Lucile Grey?

—¿Cómo no? Venga conmigo a la puerta. Yo le indicaré la casa.

Salieron. El dueño del establecimiento le indicó amablemente un viejo edificio de tres pisos.

—Es allí, junto a aquel jardín. Las ventanas que se ven iluminadas son las suyas.

—Le estoy muy agradecido —dijo Leo con una sonrisa.

—De nada. Siempre es agradable hacerle un favor a un tonto. Y perdone.

—¿Quiere usted decir que no conseguiré nada de Lucile?

—Jamás hombre alguno consiguió nada de ella, excepto su marido. Nunca la visitan hombres, puedo asegurárselo.

—Si me arroja por la ventana ya vendré a tomar aquí una copa de coñac. Otra vez gracias.

Se encaminó hacia la casa que le habían señalado, la cual se hallaba separada de la contigua por un pequeño jardín. Las dos ventanas seguían iluminadas, y Leo vio que una de ellas estaba abierta. Pero no se advertía allí ningún movimiento, ningún signo de vida.

Quizá en toda la noche no se había parado nadie en aquel sitio, allí donde estaba él.

Leo miró hacia arriba.

Y de repente, contuvo una exclamación de horror.

Porque del alféizar de la ventana sobresalía una mano blanca, quieta, flácida, exangüe.

Una mano que parecía decir adiós a la noche.

La mano de una persona muerta.

CAPÍTULO III

BARRIO DE LA BASTILLA

Leo miró las dos ventanas iluminadas. Pensó que arriba había por lo menos un muerto y pensó también en lo que haría una persona normal.

Llamar a la policía. A dos pasos de allí, en la plaza de la Bastilla, encontraría tantos gendarmes como necesitaría. Lo más prudente sería correr unos metros, dar el aviso y...

Pero Leo no era una persona normal.

Leo lo haría todo sin ayuda de nadie, aunque eso significara convertirse en sospechoso de un asesinato.

Buscó en el jardín un árbol cuyas ramas llegaran hasta cerca de la ventana. No pudo hallarlo, pero en cambio, corría por una pared lateral, casi junto a las ventanas, una gruesa tubería de desagüe. Varios ladrillos presentaban rebordes y no era imposible trepar por allí. Sin pensarlo más, el joven se puso manos a la obra.

Nadie le veía porque la calle estaba completamente solitaria.

Empezó a trepar. Sus dedos ágiles y experimentados se asían como los de un mono a cada accidente de la pared por pequeño que fuera. Y el odio que sentía ante el crimen que estaba adivinando duplicaba sus fuerzas. Cinco minutos después había llegado a lo alto de la ventana.

Tocó la mano. Una mano ligeramente ensangrentada. De mujer.

Para que nadie le viese desde la calle, dio un salto hacia el interior con toda la rapidez de que fue capaz. Si alguien hubiera estado en aquel momento dentro de la habitación habría podido liquidarle fácilmente, porque Leo no miró nada. Pero allí no había persona alguna.

Viva, por lo menos.

Muerta, sí. Una mujer.

Leo la examinó con pena, desde los zapatos de agudo tacón hasta los cabellos rubios, pasando por el cuello donde se marcaba un profundo tajo. No era Lucile ni se parecía a ella, aunque también era muy hermosa. Pero ¿por qué estaba aquí? ¿Y por qué no había acudido Lucile a la cita? ¿Y por qué este crimen diabólico?

Un verdadero caos se había formado en los pensamientos del hombre.

Volvió a mirar a la mujer. Debía tener unos treinta años y no era tan hermosa como Lucile —se repitió—, aunque hubiese llamado la atención en cualquier sitio donde se presentara. Su vestido era ceñido, bastante atrevido, hecho por un buen modista. Llevaba medias de primera calidad, rotas junto al tobillo, y varios anillos de oro que relucían en sus dedos.

La habían degollado.

Leo examinó la herida por simple costumbre, sólo para convencerse de que nada podía hacer, y luego cerró los ojos de la muerta.

Estaba realizando esta humanitaria tarea cuando oyó pasos cerca de la habitación.

Pasos y voces.

Una de ellas decía:

—Nos hemos equivocado. Check dice que ha visto a Lucile actuar en Pigalle hace poco rato.

—Pues podían haber enviado a Check para hacer esto, si él la conocía.

—Nos aseguraremos por la documentación. Debimos haberla mirado antes.

La puerta de aquella habitación, que daba a la escalera, se abrió con un leve chirrido. Leo se había colocado ya en el lugar que iba a cubrir la hoja cuando fuese empujada. Por un momento se tapó la visión para él, y luego, al cerrarse la puerta de nuevo, vio a dos argelinos bien vestidos, altos y fuertes, vueltos de espaldas a él.

Notó que eran argelinos por sus cabellos y el color de su piel, además de por la elegancia ostentosa con que llevaban sus trajes recién estrenados.

—Exáminala tú, Balal —dijo a su compañero el más moreno de los dos.

El otro avanzó hacia la muerta. Evitaba pisar la sangre que había llenado media habitación, pero le era difícil conseguirlo. Buscó en los bolsillos del chaquetón que la joven llevaba aún sobre los hombros y extrajo una pequeña cartera.

—La cuchillada ha sido certera —dijo—. ¿Te has fijado, Efrek?

Efrek, el más moreno, dijo con la cabeza que sí, que se había fijado.

—Sí, una espléndida cuchillada —dijo de repente una voz detrás de los dos—. ¿Por qué no me enseñáis a hacer lo mismo?

Los argelinos se volvieron a la vez, igual que si los hubiera impulsado un resorte. Como suponían que el que había hablado ya les estaba encañonando, no se atrevieron a llevar las manos a sus fundas sobaqueras. Se quedaron boquiabiertos al ver que junto a la puerta había un solo hombre, y además con las manos descuidadamente metidas en los bolsillos de su pantalón.

—¡Condenado perro...! —gritó Efrek.

—Guau, guau... —Hizo Leo mientras se marcaba una extraña sonrisa en sus labios.

Extrajo secamente del bolsillo su mano derecha y los dos argelinos vieron entonces que empuñaba un estilete de aguda hoja, el cual abrió con un rápido «chask» ante los ojos atónitos.

—¿Has sido tú, Balal, cariño, el de la cuchillada? —preguntó suavemente Leo.

—¿Es que aún confías salir vivo de aquí? —susurró el interpelado—. ¿Crees que manejas el cuchillo mejor que nosotros?

—Podemos probarlo...

Efrek se precipitó y quiso sacar la pistola que llevaba en su funda axilar. Eso le costó la vida. Leo se arrojó sobre él, mientras movía el estilete en un alucinante zigzag, y se lo clavó en el pecho, de abajo arriba, buscando en línea recta el corazón. Conocía aquel golpe por haberlo ensayado en la instrucción de los paracaidistas y porque docenas de sus enemigos dormían ya el sueño eterno con el corazón atravesado de aquella manera. Efrek lanzó un respingo, quiso mover el brazo derecho con más rapidez aún y de improviso notó que le faltaba el aire. Una sensación de frío mortal llegó hasta el fondo de sus huesos.

—¡Balal! —gritó.

Balal había desenfundado ya un revólver checoslovaco de cañón

corto. Tiró a ciegas, al azar, mientras sentía dentro de su propia sangre el grito de agonía de Efrek. Leo tiró del estilete, arrancándolo secamente, y se arrojó sobre su nuevo enemigo.

Éste disparó otra vez y arrancó parte de la hombrera izquierda del joven, pero sin alcanzarle. Cuando quiso darse cuenta de que le convenía huir, ya había recibido un tajo cerca del cuello. Sus dientes rechinaron y dio un salto hacia la puerta.

Logró salir al vestíbulo exterior. Leo vio que más allá había una puerta abierta, iluminada, por la que acababa de salir otro hombre moreno y vestido como los dos primeros.

Sin duda los argelinos habían alquilado aquella habitación a propósito para poder asesinar a Lucile Clouzot. Posiblemente ellos y la muchacha eran los únicos ocupantes de aquel piso.

La policía; de aquella zona ya debía haberse puesto en movimiento, después de los disparos, pero aún tardaría en llegar.

Por el momento, Leo estaba solo. Sólo contra los asesinos.

Balal había tenido que soltar su revólver y se sujetaba la herida junto a la garganta. Su compañero sacó por el contrario un arma de cañón larguísimo, provista de silenciador. Había una única bombilla en el pasillo y estaba poco alta. Leo dio un salto y la reventó de un puñetazo.

Junto al rectángulo iluminado de la puerta brotaron los disparos de la pistola. Pero aunque Leo veía a sus dos enemigos, éstos, por el momento, no le veían a él.

Arrojó el estilete por el aire y lo clavó hasta el fondo en el estómago de Balal, que se disponía a entrar en la habitación y cerrar la puerta.

El grito de angustia del argelino se debió oír en toda la casa.

Su compañero seguía disparando, intentando locamente rociar con balas un pasillo donde no veía a nadie. Leo se había apretado contra el quicio de otra de las puertas, esperando. Las balas silbaban a su alrededor e incluso una de ellas le arrancó el botón central de su americana. Pero el argelino sólo podía disponer de ocho plomos, contando con que al principio de la juerga hubiese tenido un cargador completo. Y los estaba desperdiciando como un niño desperdiciaría la comida en una isla desierta.

De repente un «tlíc» saltó sonoramente al aire enrarecido del pasillo, un aire que olía a sangre y a pólvora.

Leo se arrojó en plancha, alcanzó por la cintura a su enemigo y rodaron los dos por tierra. En la calle se oían silbatos y la sirena entrecortada de un coche de la policía. Leo sujetó a su enemigo por las dos orejas y empezó a machacarle la cabeza contra las baldosas.

El argelino hizo puente con su cuerpo y lo arrojó un par de metros más allá. Luego hizo una contorsión y desclavó de un solo golpe el estilete que estaba hundido en el cuerpo de su compañero muerto.

Leo, en cuclillas sobre el suelo, se levantó de repente y los dos se lanzaron al ataque a la vez.

Leo lo hizo como si aquello fuese una fiesta, lanzando una carcajada.

El estilete le rozó el brazo, abriéndole la manga de un golpe, y cuando iba a clavarse en su codo lo detuvo retorciendo la muñeca de su enemigo. El argelino lanzó un grito de dolor. Leo retorció aún más la muñeca, se lo cargó sobre los hombros, como un fardo, y lo arrojó por la ventana que había al final del pasillo.

El argelino lanzó un alarido y cayó sobre el asfalto, desde poca altura, entre un grupo de gendarmes. Intentó clavar el estilete al más cercano de ellos, para intentar huir, y una bala le atravesó entonces la cabeza.

Leo lo contempló todo desde arriba.

Uno de los gendarmes gritó:

—¡Eh, tú! ¡Detente, marrano!

Leo no se detuvo. Las escaleras del edificio empezaron a retemblar bajo el peso de los agentes uniformados.

Aún disponía de tiempo para huir, si se daba más prisa que una liebre. Pero en qué condiciones. Dejaba tras sí varios muertos y un estilete en cuyo mango estaban sus huellas dactilares más claras que si las hubieran puesto en un escaparate. Puestos en ese plan, ¿por qué no dejar ya una de sus tarjetas de visita sobre cada uno de los muertos?

Penetró en la habitación de los argelinos, la cual se hallaba desordenada y llena de fotografías de muchachas colgadas con chinchetas en la sucia pared. Vio que la ventana daba a otro lado del edificio, lado que los gendarmes no habían tenido tiempo de copar aún. Sin pensarlo más, Leo se arrojó por esa ventana, flexionó las piernas al tocar el suelo y echó a correr.

Jamás había corrido tanto, ni siquiera una vez en que tuvo que alcanzar para hacerle señas a un avión que estaba despegando.

Detrás suyo restallaron los disparos. Algunos de los gendarmes le habían visto. Las voces y las imprecaciones llenaban la noche.

—*Le voilà! ;Tirez sur ce cochon!*

—*Vous devez le tuer! ;Vite, vite!...*

Los disparos retumbaban en la noche, pero ninguna bala llegó a su destino porque los mismos gendarmes creían tener frente a sí a más de un enemigo y estaban desorientados. Cuando se dieron cuenta de la verdadera situación, Leo ya se había esfumado entre las calles que rodean la Plaza de los Vosgos y se dirigía dando un rodeo hacia la Plaza de la Bastilla.

Los sonidos entrecortados de una sirena, lanzados ahora por una ambulancia, volvieron a sonar.

Leo salió a la plaza de la Bastilla, torció hacia la rue Saint-Antoine y entonces se detuvo de repente.

Bueno, allí estaba.

Dentro de un taxi, retocándose los labios con una barrita de delicado y selecto *rouge*.

Lucile.

El taxi era un «Versailles». Estaba detenido.

Junto a él pasaban rápidamente, ignorándolo, las motos y los coches de la policía.

Leo abrió la portezuela y entró.

Lucile lanzó un grito.

—¿Qué haces tú aq...? —quiso preguntar.

La mano del hombre se le clavó brutalmente en los labios y le hizo temblar todos los dientes de la boca.

—¡Puerco, condenado ladrón, maldit...!

Un nuevo golpe y Lucile cayó hacia atrás, con la cabeza echada sobre el respaldo, torciendo la boca con un rictus de dolor.

—¡Dios mío! —susurró.

—Ahora empiezas a hablar mejor.

—Pero ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo sabías que yo vivo en esta zona de París?

—Me lo dijo el mismo Clouzot. Mi adivino las cosas ni he venido a verte por ti sola, nena. Vamos, despegas los labios, pon la cara de

los días de fiesta y di al chófer que nos lleve al Bosque de Bolonia.

El chófer se volvió para decir:

—¡Qué pronto han hecho las paces, cuerno!

—Llévenos a la Porte Dauphine —dijo Leo—. Nos apearemos allí.

El automóvil arrancó con suavidad y pasó sin dificultades entre los policías que aún buscaban al fugitivo de la rue Turenne. Como ya habían visto antes allí aquel coche alquilado no suponían que el hombre a quien buscaban, pudiera estar en él. Incluso uno de los gendarmes hizo cortésmente un saludo cuando pasaron.

—A la Porte Dauphine —dijo alegremente el conductor. Y se puso a tararear—: *Nuit de París, nuit d'amour*

...

Lucile, entretanto, lloraba silenciosamente dentro del coche.

—¿Por qué estabas ahí? —preguntó Leo en voz baja.

—Iba a mi casa.

—Más vale que conmigo no mientas. Puedo olvidarme otra vez de que eres una mujer.

—¡Iba a mi casa, te lo juro! ¿Es que no puedes creerme? ¡El conductor mismo puede decirte qué dirección le había dado! Dije que me llevara a la rue Turenne, no a la Bastilla.

—¿Y por qué os detuvisteis?

—Cuando íbamos a doblar hacia la derecha, empezaron los disparos. No sé bien por qué, pero temí en seguida que eso estuviera relacionado conmigo.

—¿Y por qué pensaste eso?

—Ya te digo que no lo sé.

—¿Vivías sola en tu apartamento? —preguntó bruscamente Leo, cambiando al parecer de tema.

—Sí.

—¿Y una mujer rubia, de unos treinta años, vestida con cierto atrevimiento y luciendo anillos de oro en las manos? ¿No la conoces?

Lucile se estremeció.

—¡Jacqueline!

—¡Ah, ya salió!

—¿Es que ha ocurrido algo con Jacqueline? —Las manos de

Lucile se aferraron desesperadamente a las solapas del hombre—. Dime, ¿es que le ha ocurrido algo?

—La han... Bueno, le han dado el pasaporte. Método tradicional, con el visado de salida en el cuello. El autor ha sido un argelino llamado Balal, un hermoso ejemplar de cafre.

—¿Balal?

—Debe estar ahora desangrándose por dos hermosas cuchilladas. ¿Lo conocías de alguna manera?

—¿Balal? Era mi vecino más inmediato. Había alquilado el apartamento hace un par de días. Pero ¿es cierto lo de Jacqueline?

—Desgraciadamente, sí. Y también es cierta una cosa.

—Habla.

—Todo eso era una trampa. Tú estabas esperando en un lugar estratégico a ver qué ocurría. Esperabas que me cazaran como a una liebre y me enviaran a cadena perpetua o a la guillotina. Para ti debía ser éste un hermoso espectáculo, uno de los mejores *bal musettes* de París. Pero sospecho que por esta vez vas a tener que comerte los puños de rabia, hermana.

—Yo no esperaba nada de lo que ha sucedido —dijo angustiosamente ella—. ¿Cómo puedes pensar una cosa así? Hace unas horas no sabía ni siquiera que existieses, ignoraba que conocías mi domicilio, lo ignoraba todo. ¿Cómo iba a poder prepararte una trampa de ese estilo, para que cayeses en ella? ¿Y por qué iba a sacrificar a una mujer inocente, una mujer casi tan joven como yo?

Leo reconoció que ella tenía razón. Lucile no podía haber preparado una cosa así; carecía de lógica. Además, ¡qué diablos!, uno debe creer de vez en cuando que las mujeres bonitas dicen la verdad. Si siempre mintieran, ¿qué sería del mundo?

Preguntó al cabo de unos instantes:

—¿Por qué no acudiste a la cita?

—Es... difícil de explicar —musitó Lucile sin mirarle. Parecía una cosa caliente y dulce en la oscuridad del coche—. No estaba segura de nada, no sabía si tú venías verdaderamente de parte de él, de Clouzot, o por el contrario todo era una trampa. No me fié, sencillamente, porque no podía hacerlo. De modo que fui a ver a Jacqueline, una de mis amigas del espectáculo, le rogué que sacara a la niña del apartamento y que lo dejase todo bien cerrado. Ella me

prometió que lo haría así.

Una bola de saliva amarga se formó en la garganta de Leo.

—¿Estaba... tu hija en esas habitaciones?

—No. Jacqueline la dejó en su apartamento, donde yo la estaba aguardando. Luego regresó porque, según dijo, creía haber dejado encendidas las luces. Yo le rogué que no lo hiciera, pero vivimos tan cerca...

—Al regresar la asesinaron —silabeó Leo—. La mataron por equivocación, creyendo que se trataba de ti. Tú conocías a Balal, según me has dicho. Pero ¿te había visto él alguna vez?

—No. Supe que era un nuevo inquilino por la tarjeta que puso en la puerta. No creo que nos hubiéramos visto nunca.

—Y si estabas en el apartamento de Jacqueline, ¿por qué se te ocurrió volver al tuyo?

—Porque en vista de su tardanza empezaba a impacientarme.

Las respuestas de Lucile eran precisas, seguras, pero latía en cada una de sus palabras una oculta inflexión de dolor.

—¿Es cierto que Jacqueline... está muerta?

—Si Jacqueline es la mujer que te he descrito, no hay duda de que está muerta. Pero ya ha sido bien vengada.

—Yo te juro que... —Las palabras se entrecortaron en la boca de la mujer, que estaba a punto de llorar—. Yo te juro que no podía sospechar nada de esto, que no lo hubiera imaginado nunca, nunca...

El automóvil se detuvo suavemente en una zona tranquila, oscura, propensa a la intimidad.

—Porte Dauphine...

Leo pagó la carrera y ayudó a descender a la mujer. Ella permitió que la tomara del brazo.

—Sentémonos allí. Allí cerca. Por Dios, no tengo ahora valor para ir por el Bosque de Bolonia.

—Por esta zona no creo que haya argelinos. Puedes estar tranquila.

—El Bosque de Bolonia siempre ha sido uno de los lugares más peligrosos de París —musitó ella—, pero no lo digo por eso. Es que no podría soportar la oscuridad después de lo que ha sucedido.

Se sentaron en un banco, cerca de allí. Estaban rodeados por el silencio y la noche era tan plácida como un pequeño lago en

verano. Otra vez Leo tuvo la sensación de que la mujer era una cosa caliente y dulce junto a él. Intentó mirarla bien a través de la penumbra.

Así, sin el engaño y sin las luces artificiales de la pista, le parecía aún mucho más hermosa.

Toda una mujer.

Lástima que fuese la viuda de su mejor amigo, diablos. Si uno tiene un poco de decencia no puede ponerse a pensar en lo bonita que es la mujer cuando su marido ha sido hasta poco antes compañero en la guerra de Argelia. Y Leo, después de decirse que Lucile era diabólicamente hermosa, trató de pensar en algo diferente.

—Hablas el francés con un acento muy gracioso —musitó ella—. Eres español, ¿no?

—No recuerdo si te lo he dicho antes.

—¿Y qué hacías con los paracaidistas?

—¿Qué hacía? —susurró él encogiéndose de hombros—. Buscar aventuras. No he hecho otra cosa en toda mi vida. Desde que murieron mis padres y decidí salir de España para conocer el mundo, he estado conociendo gentes raras, países raros... Pero es posible que no haya vivido jamás una noche tan complicada como ésta.

—¿Por qué lo dices?

—Nunca es agradable ver degollada a una mujer, y menos en París, donde las mujeres suelen ser tan sugestivas. Si a esto le añadimos que he tenido que dejar tendidos a no sé cuántos hombres, comprenderás que la noche me parezca poco divertida.

—La policía descubrirá en seguida que se trataba de terroristas argelinos, y si algún día se sabe que fuiste tú quien los mató, nadie dudará de que obraste en defensa propia.

—Mientras no crean que fui yo quien liquidó a Jacqueline...

Leo extrajo un cigarrillo y lo encendió pensativamente.

—Si Jacqueline ha muerto como tú dices, no creo que te acusen a ti por ello —susurró la mujer—. Debía llevar la cuchillada en el cuello, la «marca de fábrica» de los terroristas.

Leo fumaba pensativamente. La verdad era que ya no se acordaba de los argelinos ni de lo que había sucedido poco antes. Lo único que le inquietaba era la presencia turbadora de la mujer,

aquella mujer que le sumía en una extraña tensión y que, sin embargo, le estaba completamente prohibida.

—Además —añadió ella—, no debes preocuparte en absoluto por tu porvenir.

—¿Que no debo preocuparme por mi porvenir? ¿Y cómo lo sabes?

—No es que yo adivine las cosas, pero presiento que no va a ocurrirte nada por lo de esta noche.

—Tiene gracia. En realidad te sorprenderías si supieras lo poco preocupado que estoy. Pero por la forma en que hablas, parece como si adivinases el futuro.

—¡Bah! No hagas caso. Es un presentimiento.

Leo entrecruzó los dedos. Llegaba ahora el momento más difícil. Había venido a París para hablar de aquello con la viuda de Clouzot. Al día siguiente debía recoger las joyas robadas y entregarlas en la Prefectura del Sena. Clouzot le había pedido que antes de hacerlo, consultase con su mujer por si ella tenía alguna idea mejor. Había llegado el momento de hacer esa consulta.

Pero todo era más difícil de lo calculado porque no podía hablar con claridad. Las autoridades, al no ser reconocible el cadáver de Clouzot, debían haber puesto en marcha un complicado mecanismo de identificación. Consulta de ficheros, de órdenes, de antecedentes... Lucile sabría de un momento a otro que no era más que una viuda, pero por el momento, no lo sabía aún. Y esto hacía más difíciles las cosas.

—Tengo que entregar, por orden de Clouzot, un determinado maletín en la Prefectura del Sena —comenzó él sin rodeos.

—Ya sé; las joyas —dijo Lucile, tranquilamente.

—Pero ¿lo sabías...?

—Conozco todo lo referente a Clouzot. Ese robo fue la mancha negra de su vida. ¡Le había repetido tantas veces que buscara un procedimiento para devolver las joyas sin comprometerse! Yo había pensado incluso confiarlas al correo como paquete sin valor, aun a riesgo de que se perdieran, ya que certificarlas era arriesgado. Pero él... no quería desprenderse fácilmente de algo que había costado tanta sangre. A los hombres siempre les agrada saber que pueden disponer de una fortuna en cualquier momento. No sé qué le habría hecho cambiar...

«La inminencia de la muerte», iba a decir Leo. Pero se calló.

—De todos modos me alegro de que eso haya sucedido —musitó Lucile muy cerca de él—. Es como quitarse un horrible peso de encima.

Guardaron unos momentos de silencio y luego ella preguntó:

—¿Cuál fue su plan?

—Te lo explicaré detalle por detalle.

Lo hizo, exponiendo a Lucile todo lo que Clouzot le dijera aquella trágica noche. Ella escuchaba con atención, y sólo frunció el ceño cuando llegaron a que él debía decir que las joyas se las había entregado un camarada muerto.

—¿Por qué muerto? ¿Qué significa eso?

—Continuamente caen para siempre muchos paracaidistas en Argel —explicó Leo, sin atreverse a decir la verdad—. La policía creerá que el ladrón pudo ser cualquiera de ellos. Yo sufriré algún que otro interrogatorio, pero demostrando que estaba fuera del país cuando se cometió el robo, no podrán molestarme más. Y Clouzot habrá devuelto las joyas sin miedo a verse perseguido algún día.

—Comprendo.

—Ahora ya conoces el plan. ¿Tienes algo que objetar?

—Nada. Me parece bueno —musitó ella con voz un poco temblorosa.

—Pareces poco segura de ti misma. ¿Qué te sucede?

—Nada. ¡Pero han ocurrido tantas cosas!...

—Tienes razón. Volvamos al centro de París.

El taxi aún les aguardaba, con el conductor dormido dentro. Muy tímidamente, muy lejos, comenzaban a insinuarse las primeras luces del amanecer.

—¿Qué hay, tortolitos? —preguntó el taxista—. Me he dormido de aburrimiento. ¿Qué hacían ustedes tan quietos en aquél banco? Ni tan siquiera se han dado un beso...

—Estábamos hablando de cambiar nuestras colecciones de sellos —murmuró Leo—. Llévenos a

L'Etoile.

El taxista hizo maniobra, enfiló por la Avenue Foch y poco después se detenía en el Arco de Triunfo.

—Nunca he llevado a pasajeros tan aburridos —murmuró—. ¿Se van a quedar aquí o hacen otra paradita para seguir hablando de

sus colecciones de sellos?

—Nos quedamos aquí.

Leo pagó la carrera y echó a andar por los Campos Elíseos en compañía de la muchacha.

—¿Adonde me llevas? —preguntó ella.

—Necesitas tomar otro taxi —dijo Leo—. El conductor a quien acabamos de dejar no debe saber por el momento que tú eres la mujer de la rué Turenne. He tomado la matrícula por si algún día necesitamos citarlo como testigo, pero en estas circunstancias es conveniente que haya pocos moscones alrededor nuestro.

—De todos modos, cuando tomé el taxi le di aquella dirección.

—La habrá olvidado ya. Piensa que él no leerá los periódicos hasta dentro de algunas horas. O en todo caso, dado que luego te encuentre conmigo, puede creer que tenías una cita sentimental por aquellos lugares.

Ella se detuvo y se colocó delante de él para mirarle fijamente a los ojos. Tenía una mirada recta y penetrante que hizo despertar en el hombre no sabía qué dormida sensación.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó Lucile.

—Existe una complicación, y es la presencia de tu hija en el apartamento de Jacqueline. A estas horas, sobre todo si vivías cerca, la policía ya habrá averiguado la identidad de la muerta y estará en su casa, donde habrá encontrado a la niña. Como es lógico ella no correrá ningún peligro, pero tarde o temprano tú deberás presentarte por allí. Y creo que cuanto antes lo hagas será mejor.

—He estado pensando en eso desde que supe que Jacqueline había sido asesinada.

—Lo comprendo. Y en estas condiciones sólo puedes hacer una cosa: Toma un taxi y ve allí.

—¿Qué diré a los gendarmes?

—La verdad, con algunos pequeños disfraces. Les dirás, por ejemplo, que habías ido a pasar un par de días al apartamento de Jacqueline para no sentirte tan sola. Como erais compañeras, no han de extrañarse por eso. Lo de que ella fue quien recogió a la niña y volvió luego, para encontrarse con los argelinos y ser asesinada, puedes decirlo al pie de la letra porque lo comprobarán.

—Así lo haré. Y... gracias. Gracias por todo.

—No hay motivo para que me las des, Lucile.

Ella se encaramó un instante sobre las puntas de sus pies, entreabrió los labios y le besó.

Fue solo un momento.

Luego desapareció, corriendo sobre sus altos tacones, y tomó un taxi enfrente del cinema George V.

A Leo le produjo una sensación muy extraña aquel beso.

Porque era como un beso de despedida.

CAPÍTULO IV

UN MALETÍN ROJO

A la mañana siguiente, con su uniforme militar, siguiendo al pie de la letra la última voluntad de Clouzot, Leo se dirigió al Banco indicado, descendió a los departamentos de cajas fuertes, empleó la llave para abrir el departamento donde estaban las joyas y extrajo un maletín rojo que tenía un apreciable peso.

Lo tomó por el asa, volvió a cerrar y salió del Banco.

La mañana era tranquila, las gentes iban a sus ocupaciones y nadie se fijaba en él. Nadie sabía que llevaba encima una verdadera fortuna en joyas, una fortuna que había costado la vida a varios hombres. Leo pensó en la primera de las dos posibilidades que le había ofrecido Clouzot: «Puedes fugarte con ellas».

Pero apartó de sí este pensamiento que ni siquiera llegó a afincarse en su cerebro. El tenía un deber que cumplir.

Tomó un taxi —esto también se lo había indicado Clouzot—, y se dirigió a la Prefectura, cerca de Notre-Dame.

El gendarme de servicio le miró con atención, sobre todo por el maletín, pero sin hacer gesto alguno para detenerle. Los paracaidistas del general Massu gozaban de gran popularidad en toda Francia y se confiaba en ellos de una forma instintiva. Sólo un sargento que montaba guardia en el vestíbulo detuvo al joven.

—Su documentación, por favor.

Leo se la mostró. Estaba completamente en regla, incluido su permiso de breves días en París.

—¿A qué sección se dirige?

—Tengo que entregar este maletín —dijo Leo sin ambages—. Contiene las joyas que fueron robadas de la joyería Bonlieu.

—Pero ¿qué dice?

—Creo que me he expresado con la suficiente claridad.

—¿Las joyas de la Bonlieu? ¡Pero si eso es fantástico! ¿Cómo las ha conseguido?

Ni por un momento había pasado por la mente del sargento que él pudiera ser uno de los culpables. Esta confianza instintiva casi conmovió a Leo, un hombre que no se conmovía fácilmente. «No me perdonaría si hubiera algo sucio detrás de esto», pensó.

—El modo como las he conseguido constituye ya por sí solo una bonita historia —dijo—. Quisiera hablar y hacer la entrega a una persona autorizada. Si fuera posible, al mismo prefecto.

—Sígame. No hay duda de que podrá hacerlo.

Le acompañó a través de largos corredores, en el vetusto edificio de piedra, hasta llegar a una antesala acolchada donde había diversas personas aguardando. El sargento, sin preámbulos, le hizo pasar a una secretaría en la que había tres agentes uniformados sentados ante otras tantas mesas.

—Tendrá que aguardar aquí; siéntese, no le entretendremos demasiado.

Leo se sentó en una silla tapizada de color rojo, como el maletín, apoyando éste sobre sus rodillas.

El maletín pesaba como si tuviera dentro un cadáver entero. ¡Por una legión de diablos! ¡Todo aquel peso en joyas constituía una verdadera fortuna!

El sargento había desaparecido tras una puerta acolchada que había en la parte izquierda. Los gendarmes, luego de una primera mirada de curiosidad a Leo y su maletín, volvieron a enfrascarse en su trabajo.

Transcurrieron unos minutos.

—¿No sabes, Rivaud? —preguntó repentinamente uno de los gendarmes a otro, más joven—. Me parece conveniente que te des una vuelta por la clínica.

—¡Oh, mi mujer no es de esas que dan a luz en seguida! —sonrió el interceptado—. Cuando nacieron los dos pequeños que tengo ahora, tuve que hacer horas y horas de antesala en la Maternidad. No os preocupéis; saldré hacia las doce y habrá bastante.

Siguieron trabajando. Leo miraba con simpatía a aquel hombre. «Dos hijos pequeños y va a tener otro. Su mujer tendrá que hacer

milagros con el sueldo de gendarme.»

Unos minutos más y sonó el teléfono en el despacho. Lo tomó él que estaba más cerca y pasó el auricular a Rivaud.

—Es para ti. Creo que... Esta vez te has equivocado, amigo.

Rivaud, muy excitado, se puso al aparato. Palideció al oír las primeras palabras y luego se fue poniendo rojo de satisfacción, hasta dar la sensación de que iba a estallar.

—Pero ¿es posible? ¿Y son mellizos?

El auricular temblaba en sus manos. Leo sonrió.

El nunca había pensado que pudiera casarse, que pudiera tener hijos como los demás hombres. Su vida había estado llena de violencia, de aventuras y de peligros continuos, por lo que creía que aquellas emociones sencillas y eternas, como la que debía sentir el gendarme ahora, no habían sido hechas para él. Pero no podía evitar el sentirse enternecido.

—¿Mellizos? ¿Y todo ha ido bien? ¿No existe ya peligro alguno?

El auricular temblaba casi en la mano del agente. Al fin éste lo colgó con un «voy en seguida», levantó ambos brazos al cielo y gritó al estilo tejano:

—¡Yupiiiiiii...!

—Pero ¿qué te ocurre, Rivaud? ¿De verdad han sido mellizos?

—Sí, y todo ha pasado en cinco minutos. ¡Diantre, qué raras son las mujeres! He dicho que iba inmediatamente. Ella se encuentra bien.

Los otros dos gendarmes se habían puesto en pie y abrazaban al más joven.

—Esto habrá que celebrarlo, Rivaud. ¡Habrá que celebrarlo en grande! ¡Ya tienes cuatro hijos, y dos de ellos gemelos!

—¿Celebrarlo? Tendré que gastarme todos mis ahorros para comprar una cuna doble y para los gastos del bautizo. Nada de lo que tenía preparado me basta. Por cierto, Bardou, ¿no tienes ahí diez mil francos?

El más viejo de los gendarmes extrajo un arrugado billete y se lo tendió.

—Toma, ahí tienes. No te preocupes por devolvérmelo hasta que lleguemos a fin de mes. No me corre prisa.

La puerta acolchada de la izquierda se abrió y apareció el sargento.

—¿Qué te ocurre, Rivaud?

—¡Casi nada! Soy padre otra vez, ¡y nada menos que de dos mellizos!

—Vaya, hombre, te felicito. Solicita permiso para salir y por mí no vuelvas hasta mañana. Puedes entrar; el secretario está hoy muy complaciente, después de saber que vamos a recuperar las joyas del asunto de la Bonlieu.

Hizo una seña a Leo.

—Puede pasar. El prefecto en persona desea oírle.

Leo se puso en pie.

Chask.

Un sonido metálico. Como un resorte muy suave. Chask.

¿Dónde había sido? ¿En qué lugar de la habitación acababa de producirse aquel extraño ruido de muelle que se dispara?

Leo miró a su alrededor.

Chask.

Ahora el ruido era suave, suavísimo. Sólo un hombre como él, acostumbrado a las emboscadas de Argel, hubiese podido distinguirlo.

¡Y acababa de sonar junto a su mano derecha!

En el maletín.

Leo apretó los dientes, lanzó una especie de rugido y movió todos los músculos de su cuerpo en un gesto de dramática tensión. La velocidad con que arrojó el maletín contra una de las ventanas fue la de un verdadero proyectil humano. Pero aun así no pudo evitar el desastre.

Se produjo una explosión horrrisona, alucinante, estremecedora, y entonces el mundo terminó para él.

CAPÍTULO V

EL DEMONIO DE ARGEL

Las luces se apagaban, se encendían... Era como una extraña pesadilla sin sentido. Cada luz tenía un color distinto y lo variaba continuamente. Leo tenía la sensación de que iba a poder destrozar todas aquellas luces: con las manos y al intentar moverse le recorría por entero un calambre de horrible dolor.

Las luces se movían como en una danza irreal, frenética...

Leo apretó los puños y tocó entonces una cosa blanda.

Abrió los ojos. Al principio no distinguió nada, porque las luces de pesadilla seguían bailando ante él. Después, todo fue concretándose hasta distinguir una sola luz que colgaba encima de su cabeza. Varios rostros estaban alrededor de esa luz, inclinados sobre él.

«Estoy en un quirófano. Me van a operar», pensó Leo, automáticamente.

Pero después se dio cuenta de que no se hallaba sujeto a ninguna parte, y de que en lugar de descansar sobre la dura mesa del quirófano se encontraba en una cama. Poco a poco fue advirtiéndole además que los rostros que estaban inclinados sobre él no pertenecían a médicos, sino a policías.

Se hallaba completamente rodeado de ellos. No tenían desenfundadas sus armas, pero por la expresión con que le miraban le hubiesen acribillado a gusto caso de poder hacerlo.

Leo miró a continuación sus brazos. Los tenía cubiertos de moraduras, y se notaba la cara hinchada, flotando sobre sus labios un espeso sabor a sangre.

Una voz dijo cerca de él:

—Ha recobrado el conocimiento. Pero, por favor, sean

prudentes.

La prudencia del gendarme que tenía más cerca consistió en sujetarle por la camisa con ambos puños y zarandearle brutalmente sobre el lecho.

—¡Perro! ¡Maldito traidor, cochino cobarde, hijo de hiena...!

Leo movió los labios y le escupió en plena cara.

El otro movió ambos puños y se los aplastó sobre la nariz, haciéndole lanzar un aullido. Pero inmediatamente Leo movió la mano derecha y la clavó de costado contra el estómago del gendarme, quien se inclinó gimiendo. Inmediatamente la rodilla del joven se le clavó en la mandíbula y le hizo saltar hacia atrás.

Rugiendo y lanzando salvajes maldiciones, dos agentes se arrojaron sobre él. Leo se preparó a defenderse. Por un momento dio la sensación de que en aquella habitación del hospital iba a tener lugar una pelea a muerte entre rufianes.

—¡Basta! —gritó un hombre vestido con traje civil que había al fondo de la habitación.

Los gendarmes se detuvieron en el último momento.

—No hace falta que nos rebajemos —dijo el mismo hombre—, ni es necesario perder los nervios. Este hombre ya pagará las consecuencias. Nadie va a salvarle del pelotón de fusilamiento.

—¡De la guillotina! —gritó uno de los gendarmes—. ¡Este tipo no puede estar sujeto a las leyes de guerra! ¡Merece la guillotina!

El cerebro de Leo empezaba a despabilarse poco a poco. Y se dio cuenta entonces de tres cosas: de que estaba en la habitación de un hospital, de que ya era de noche y de que le acusaban a él de haber lanzado la bomba en la Prefectura del Sena.

Se estremeció.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó intentando mantenerse sereno.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Y lo preguntas? Perdiste el conocimiento después de la explosión, pero luego lo recuperaste e hicieron falta cinco gendarmes para dominarte. Por eso tienes el cuerpo lleno de cardenales. No pudimos tratarte... con mucha delicadeza.

—Es extraño. No recuerdo nada...

—¿Ni siquiera la explosión?

—Eso es lo último que puedo recordar.

—Pues luego recobraste los sentidos, justo cuando te sacábamos de la Prefectura. Fue un bonito espectáculo porque estabas hecho

un león. A mí, en el fondo, me gustan esas cosas. También me gustará cuando te metan el cuello en el tajo y ¡plaf! Te guillotinen con toda elegancia. Una muerte digna de un rey...

Leo volvió a estremecerse. Poco a poco los recuerdos iban volviendo hasta él, y todos eran terribles.

—¿Hubo... muertos?

—No tantos como tú hubieras querido. Pretendías hacer volar por los aires al mismísimo prefecto de París, no hay duda. Pero las cosas no salen siempre bien, j compañero.

—¿Murió un gendarme... llamado Rivaud?

—¿Que si murió? Tiene gracia. El pedazo más grande que hemos encontrado de él cabría dentro de un vaso.

Temblaron los labios del joven. En sus ojos hubo un brillo muy extraño, que nadie hubiera podido decir si era de lágrimas o de fiebre. Su expresión volvió a cambiar en unos instantes. Dio la sensación de que iba a saltar del lecho de un momento a otro.

—Calma, granuja —dijo el de paisano—. Si vuelves a moverte dejaré que éstos hagan contigo lo que tienen ganas de hacer. Murieron todos los que estaban en aquel despacho, a pesar de que la bomba estalló junto a la ventana. El sargento fue el que más tardó, pero fue inútil cuánto hicimos porque la onda expansiva lo había reventado.

—¿Qué contenía aquel maletín? —preguntó Leo mientras la rabia empezaba a hacer rechinar sus dientes.

—¿Y tú lo preguntas? Bueno, no nos digas que no lo sabías, cariño. Dentro del maletín había tres kilos completos de trinitrotolueno, una carga capaz de enviar al infierno todo lo que había en el despacho del prefecto. Pero no llegaste a tiempo por un par de minutos.

El cerebro de Leo era un caos. ¡Las joyas de la Bonlieu! ¿Qué joyas ni qué infiernos? Todo había sido una miserable y fantástica trampa para que él pudiera llegar con una carga de T. N. T.

hasta el despacho del mismísimo prefecto de París y hacerlo volar en mil pedazos. Una trampa que comenzó en la Casbah de Argel con la última voluntad del difunto Clouzot, que siguió en París con las instrucciones que le diera Lucile, que terminó con la matanza en la Prefectura. Pero ¿por qué todo aquello? ¿Qué diabólica

combinación era ésa? ¿Por qué?

El hombre vestido de paisano se había acercado más a él.

—Mejor será que nos presentemos —dijo—. Soy el comisario Legrain, de la Sureté. Hemos examinado tus documentos y están en regla. Esto te complica las cosas, aunque no lo creas, porque vas a tener que decirnos quiénes son tus jefes en Argel...

—Mi jefe superior es el general Massu.

—No estamos para bromas ahora, pocholín. ¡El general Massu! ¿De qué elementos derrotistas recibes órdenes?

—De nadie.

—Explícanos entonces cómo llegó a tu poder la bomba.

Leo lo explicó, pero sin mencionar para nada el nombre de Clouzot ni el de su viuda. A Clouzot lo designó simplemente como «un compañero de armas», y de Lucile ni habló tan siquiera.

—Tus explicaciones son muy poco concretas —dijo el comisario Legrain—. Tanto, que me harían reír si la situación no fuera tan trágica. Pero terminarás hablando, te lo aseguro. Terminarás escupiendo todo lo que sabes aunque primero tengas que escupir los dientes.

—De acuerdo. Acercaos a mí y empezaré a escupir ahora.

A Leo le hervía la sangre y no podía evitar mostrarse como un rebelde cuando le insultaban. Comprendió que iban a destrozarle la cara a golpes, pero los gendarmes se detuvieron en el último momento.

—Nos estamos portando demasiado bien con un cobarde asesino como tú —dijo uno de ellos.

Leo cerró los ojos, y al abrirlos vio que ya habían salido todos de la habitación. Todos menos un gendarme que montaba guardia en la puerta con una metralleta bajo el brazo.

Mirando a su derecha, el joven vio que allí había otra cama. Y en esa cama reposaba un hombre espantosamente rígido, espantosamente quieto. Aquel hombre tenía los ojos abiertos y parecía mirar al techo.

—Está muerto —dijo el gendarme para aclararle las ideas—. Es un terrorista argelino que ingresó en grave estado, poco antes que tú, con una ráfaga de ametralladora en el vientre. No ha habido manera de salvarlo y ahí está, haciéndote compañía. Dentro de poco vendrán a llevárselo.

—Tiene que ir al depósito, ¿no?

—¡Oh, no! Si te parece lo llevaremos al Moulin Rouge. Este tipo va a la autopsia y luego a la caja. Así es la vida.

Leo apretó los dientes. Tenía que salir de allí como fuera. ¡Tenía que salir de allí!

El gendarme pareció adivinar sus pensamientos.

—No pienses en atacarme porque la metralleta está cargada y yo la manejo bastante bien: Sería perder el tiempo... porque además hay otros dos gendarmes al final del pasillo. Aunque pudieras salir de la habitación, tropezarías con ellos a la fuerza.

Leo no necesitó mirar la ventana que había a su espalda. Sabía que estaba enrejada.

—No pretendo huir —susurró—. Yo sé notar cuándo llegan las oportunidades, y la mía no ha llegado aún.

—Ni llegará, marrano.

Leo tenía los puños apretados. ¡Sí, su oportunidad acababa de llegar, a pesar de todo! ¡Había un muerto junto a él! Apenas se lo llevasen todo habría concluido. Necesitaba aprovechar los minutos, los segundos...

Oyó pasos en el corredor, cerca de la puerta.

Sé acercaban los que habían de llevarse al muerto.

¡Ahora!

En treinta segundos tenía que resolverse todo.

—Vienen a buscarlo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, son los camilleros.

La puerta se abrió y en el umbral aparecieron dos hombres. Leo ni siquiera llegó a verlos, porque se tapó la cabeza con la sábana, quedando quieto. Oyó al gendarme que debía estar señalando el cadáver.

—Es ése.

—Un momento. Entraremos la camilla.

Pasos que se alejaban. Cinco segundos, diez... El corazón de Leo latía con fuerza implacable. Los camilleros iban a volver a entrar.

Y entonces sucedió como en las películas cuando el director grita:

—¡Acción!

Leo empujó las sábanas para arrojarlas contra los pies de la cama mientras movía la pierna derecha para apoyarla

instantáneamente en el suelo. No hizo ruido. Sólo la cama crujió suavemente. El gendarme, que estaba de espaldas a él sosteniendo la puerta, se volvió un poco.

Quiso gritar y ya no pudo hacerlo.

Los dos puños enlazados de Leo se clavaron en su nuca como una fantástica maza.

Leo lo sostuvo para que no hiciera ruido al caer y lo depositó blandamente en la zona que quedaba oculta por la puerta mientras ésta no se cerrase. Lo que hizo a continuación fue tan rápido y preciso que incluso resultó difícil seguirlo con los ojos.

Se oía fuera el ruido de las ruedas de la camilla.

Unos segundos más y todo estaría perdido.

Leo levantó la sábana que cubría el cadáver, lo trasladó a su cama de un solo movimiento, lo cubrió hasta la cabeza como poco antes estuviera él y se introdujo en el otro lecho, poniendo los ojos en blanco y vueltos hacia el techo de la habitación.

¿Habrían tenido tiempo los camilleros para fijarse en el rostro del muerto?

Entraron otra vez. Uno de ellos murmuró:

—Ése.

La camilla entraba con dificultad a causa de lo estrecho de la puerta. Debieron creer que el gendarme estaba tras ésta, vigilando. Se acercaron al cuerpo de Leo con esa indiferencia que da la costumbre.

—Agárrale por las patas, André.

Leo se sintió levantado sin contemplaciones. Lo más difícil para él fue no mover los ojos. También intentó mantenerse rígido, pero no lo consiguió.

—Ni siquiera ha empezado la rigidez cadavérica —dijo uno de los camilleros—. Es un cadáver recientísimo. ¿Quién han dicho que era?

—Un terrorista argelino.

—Pues éste no tiene pinta.

—Tápalo y calla. Tendrás ganas de marcharte a casa, ¿no?

—No creas. Me gusta ver muertos. Por cierto, ¿cuándo vas a aprender a manejarlos bien? Se nos va a caer si dejas las piernas de esa manera.

—Preocúpate de lo tuyo. Y ciérrale los ojos.

Leo era tratado exactamente como un objeto. Y qué terrible para él, cuando vio acercarse aquella mano, evitar el movimiento instintivo de sus párpados, que tendían a cerrarse. Creyó que se iba a notar, que estaba todo perdido. Pero afortunadamente para él los camilleros hacían aquello con la misma desgana que el que descarga un carro de basura.

—Ni siquiera se ha empañado el cristalino —dijo el camillero que le había cerrado los párpados—. Un tipo que acaba de morir... ¡Arreando con él! ¡Venga!

Empujaron la camilla y la sacaron con dificultades a través de la puerta. Ahora Leo estaba más aliviado porque tenía la cabeza cubierta por una sábana. Pero pensó que vendría lo peor cuando los camilleros se dieran cuenta de que el gendarme no cerraba la puerta.

Hubo suerte. Fue uno de los mismos camilleros quien tiró del pomo y la cerró de un golpetazo.

Creía flotar en el aire. De pronto aquellas voces.

—El muerto, ¿eh?

—Vamos a que le hagan la autopsia. Y por hoy habremos terminado. ¡Ya empieza a estar bien!

—¿Qué hace Philip con el otro?

—Vigilarle. Pero me parece que se le ha dormido. No tendrá mucho trabajo.

—Es un pájaro de cuenta que terminará en la guillotina. No me gustaría a mi vigilar directamente tipos así, a pesar de todo. Venga, lleva a ése de una condenada vez.

La camilla, que había estado detenida unos instantes, se puso de nuevo en movimiento.

Leo notó que lo introducían en un montacargas por el ruido de puertas metálicas. Tuvo una sensación de vértigo y de vacío cuando empezaron a descender. ¡Si al menos pudiera moverse o respirar bien! Pero aquella quietud era terrible, era exactamente la de un cadáver. A Leo los minutos se le hacían angustiosamente interminables.

Entraron por fin en una sala.

Por el olor a formol que se percibía allí, Leo comprendió inmediatamente que acababa de ser introducido en la sala de autopsias.

—Aquí está el último, doctor Blanchard —dijo uno de los camilleros—. Tiene una ráfaga de ametralladora en el vientre. Hay órdenes de «terminarlo» hoy.

—Muy bien. Póngalo en la tercera mesa.

Nuevamente Leo fue levantado en vilo y nuevamente tuvo que hacer un esfuerzo titánico para que ninguno de sus músculos se moviera. Su cuerpo produjo un golpe sordo al ser colocado como un fardo sobre el mármol de la mesa.

—Listos, doctor Blanchard.

—Muy bien; empiece con él, René.

Todos los nervios de Leo estaban en tensión. Aquel René debía ser el auxiliar del doctor Blanchard, y por consiguiente ya había un mínimo de dos hombres en la sala de autopsias. Tenía que desembarazarse de ellos sin ruido, procurarse las vestiduras de algunos de los muertos —pues iba casi desnudo— y encontrar la salida hacia la calle. Todo ello antes de que Philip, el gendarme golpeado, despertase arriba y diera la voz de alarma.

Le descubrieron, arrojando a un lado la sábana que lo tapaba. Algo frío y metálico, seguramente un bisturí, fue dejado sobre su piel.

Y de repente René, quien debía tener más experiencia que los camilleros, gritó:

—¡Pero si esto no es un cadáv...! ¡Pero si este tipo vive!

El cuerpo de Leo se alzó como si lo hubiera movido una catapulta. Con la mano derecha tapó la boca a René, que resultó ser un tipo joven, y dirigió una rápida mirada a la habitación. Ésta era grande, fría, y había en ella unos doce muertos. Además de René se encontraba allí otro médico, éste de unos cuarenta años, mirando con ojos atónitos al «resucitado».

Leo se apoderó inmediatamente del bisturí con que habían estado a punto de abrirle.

—Un solo grito pidiendo socorro y les degüello a los dos. Sé hacerlo y lo haré.

—¿Quién eres? —preguntó René serenamente.

—Eso no importa ahora. Colóquense de cara a la pared, con las manos apoyadas en ella. ¡Y ni un solo grito o clavo el bisturí hasta el fondo!

Los dos médicos obedecieron. Leo, cuando los tuvo de espaldas,

les golpeó científicamente en la nuca según le habían enseñado para las luchas cuerpo a cuerpo. Ambos se derrumbaron suavemente y sin exhalar un solo grito.

Ahora venía la segunda parte. Tenía que desnudar a un muerto, ponerse sus ropas y salir de allí.

Buscó febrilmente. Cualquier ruido que escuchaba le parecía que era la alarma general en todo el edificio.

Vio que uno de los muertos llevaba pantalón gris y cazadora de cuero. Aún no habían empezado a trabajar con él y por consiguiente estaba vestido. Leo le despojó de sus ropas velozmente, mientras se maldecía a sí mismo por tener que hacer aquello. Cuando estuvo vestido y le pareció que podía andar por la calle sin temor, se dirigió hacia la puerta.

Iba a abrirla cuando oyó pasos al otro lado.

Se ladeó mientras la hoja de madera era empujada.

Otra vez aquellos dos tipos. Los dos camilleros.

—Bueno, doctor Blanchard, supongo que podemos marchar...

Se quedaron lívidos al ver los dos cuerpos caídos en tierra.

—Lo siento, amigos —dijo Leo.

Movió otra vez los puños, buscando la nuca de sus adversarios. Fue tan veloz y calculado su movimiento que los otros no pudieron reaccionar. Lanzando un gemido sordo cayeron sin sentido a tierra.

Ahora la salida parecía libre. Leo echó a correr por un largo pasillo desierto a cuyos lados había grandes puertas de cristal esmerilado. Vio unas escaleras que descendían a un gran patio y las siguió.

Había allí gran número de ambulancias y de automóviles. Seguramente, pensó, estaba en el Hotel Dieu, muy cerca de donde había ocurrido la explosión. Pasó entre los vehículos rápidamente, procurando escabullirse sin que nadie se fijase en él.

Por una de las puertas comenzaron a salir grupos de gendarmes armados que se distribuyeron estratégicamente, en silencio, como para una redada que nadie comprendía.

Pero Leo ya se había perdido entre el bullicio de la He de la Cité. París entero le pertenecía para una fantástica noche de sangre.

CAPÍTULO VI

LA CANCIÓN DE LAS ESTRELLAS

Lucile estaba sola en la pista, con un delicado vestido de dos piezas. Los focos de luz cambiante la aislaban del mundo y le daban una apariencia casi mágica. Su voz, susurrante y suave, desgranaba una vieja canción:

*C'est
la charmante chanson
du ciel et des étoiles.
La chanson des étoiles...*

Después de los atrevidos números que la precedían, la presencia de Lucile en la pista era casi como un sedante, como una calma que los espectadores agradecían con los ojos entornados y una expresión ensoñadora en el rostro. Hasta los más procaces, hasta los que habían ido allí para ver la parte erótica del espectáculo se dejaban llevar por el ritmo suave de la canción. Todo el mundo estaba pendiente de la voz de Lucile. Todo el mundo menos un hombre.

Aquel hombre era Leo.

Vestido aún con las ropas que habían pertenecido a un muerto, Leo estaba solo, ante una mesa, cerca de la pista.

Todo el dinero, que llevaba lo había obtenido vendiendo tres monedas de oro que iban adheridas a la correa de su reloj, y que fue lo único que no le quitaron en el hospital.

No sabía si Lucile le había visto; probablemente sí. Leo escuchaba la canción con los labios apretados y un reflejo gris y acerado en sus ojos. Mejor que Lucile le viera y supiese que estaba vivo aún. Vivo para vengarse.

La canción cesó, después de repetirse varias veces el *leitmotiv la chanson des étoiles*. Los espectadores aplaudían largamente. Lucile se retiró y su presencia fue sustituida por la de un grupo de jóvenes negras que comenzaron a interpretar una repelente danza africana.

Leo se puso en pie, dejó sobre la mesa el importe de la consumición y se dirigió a la zona del local donde estaban instalados los camerinos.

El camarero le detuvo.

—Las artistas salen a alternar con el público durante el entreacto, señor. Le ruego que no se impacienta.

—Póngase un letrero en el cogote y entonces me enteraré.

—Oiga...

—Salga arreando, amigo. Y si me ha tomado por un turista vaya a comprarse unas gafas a cualquier almacén barato de la rue Saint-Antoine.

El camarero debió comprender que Leo no bromeaba y le dejó pasar. Al fin y al cabo Leo no tenía pinta de argelino ni de llevar escondida ninguna bomba.

El joven hizo girar el picaporte y abrió de un puntapié el camerino de Lucile.

La muchacha se estaba vistiendo de calle. Hizo un gesto indefinible al verle entrar, como si Leo le diera miedo. Pero en modo alguno manifestó sorpresa.

—Hola. Pasa.

El pasó, cerrando la puerta tras sí.

—Te sienta mal este traje.

—Es el de un muerto.

Lucile se estremeció.

—Bueno, ¿qué haces ahí quieto? Siéntate. Te he visto en la sala y he pensado que vendrías.

—Muy inteligente la deducción.

—Claro. Ayúdame, Leo.

Se trataba de correr una cremallera del vestido, en la espalda. Leo la subió de modo que la cremallera pellizcase piel de la mujer. Ésta lanzó un agudo grito.

—¡Salvaje!

El hizo bajar la cremallera y la liberó repentinamente del dolor. Los ojos de la mujer llameaban.

—¿Qué quieres? ¿Que llame a la policía? ¿Es que crees que estás muy seguro aquí?

—No estoy seguro en ningún rincón de París.

—Pues para ser buscado como terrorista y asesino, muestras bastante confianza.

—¿Para qué voy a esconderme? —sonrió él con un encogimiento de hombros—. A estas horas la policía, suponiéndome en relación con los argelinos, me estará buscando por los suburbios de París y por los barrios industriales. ¡A cualquiera se le ocurre buscarme en un *cabaret* de lujo sabiendo que voy vestido con las ropas de un muerto! No, Lucile, quizá haya tenido una gran idea al venir aquí. Y en cierto modo no podía elegir, puesto que necesitaba verte hoy mismo.

—¿Para qué?

El lanzó una alegre carcajada.

—¿Para qué quiere ver el zorro a la gallina, Lucile? ¿Y para qué quiere ver el león a la cabra? Ya han terminado para siempre los disimulos entre nosotros dos. Tú me enviaste a cometer un horrible asesinato y al propio tiempo a morir despedazado en uno de los lugares mejor vigilados de París. Sabías que el maletín rojo contenía una bomba de

T. N. T.

y que los resortes para hacer funcionar el mecanismo de explosión estaban conectados al asa del maletín, de tal modo que al transportarlo de la forma normal tardaba en explotar unos veinte minutos. Justamente el tiempo que yo debía tardar en llegar al despacho del prefecto. —Leo hablaba con una imperturbable calma, pero sus ojos seguían brillando, acerados y peligrosos—. ¿No sabías nada de esto, pobre muchachita incauta de los bulevares de París? ¿Todavía no estabas enterada de que con aquello iba a despedazar a cuantas personas estuvieran en un radio de diez metros? No, seguro que no. Tú no sabías nada, inocente ser nacido para cantar en los coros de las iglesias. Nada, ¿verdad? ¡Miserable arpía!

Su mano derecha voló sin que pudiera evitarlo al encuentro del rostro de la mujer y la hizo caer a tierra de una seca bofetada.

Lucile no se quejó.

Desde el suelo le miró con desprecio.

—Fue él, Clouzot, en la Casbah, en Argel, quien te ordenó todo

eso. No fui yo. Dime si yo añadí un solo detalle al plan que tú mismo me explicaste anoche.

—Clouzot está muerto. Déjalo descansar.

—Pero fue él quien te pidió que recogieras el maletín rojo y lo llevaras al lugar donde debía explotar.

Leo se mordió el labio inferior. Más de una vez había pensado en aquello. En efecto, fue Clouzot quién se lo dijo, no Lucile, que se limitó a confirmar el plan. Clouzot era el responsable y había tramado aquel proyecto por causas que él todavía ignoraba. Pero estaba muerto... Más vale dejar a los muertos en paz.

—Tú conocías todos los detalles de ese plan —murmuró mirando acusadoramente a Lucile—, y sin embargo, no me advertiste. No hiciste nada para salvar la vida de muchos seres humanos, aunque la mía te importase bien poco. ¡Eres tan asesina como Clouzot y merecerías la misma muerte horrible que él tuvo!

Lucile se puso en pie poco a poco, con movimientos de gata, vigilándole.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Necesito saber dónde están realmente las joyas para entregarlas a la policía de París. No es un modo absoluto de demostrar mi inocencia, pero al menos es una base para hacerme escuchar. Y tú sabes dónde están esas joyas, Lucile.

Ella, desde un ángulo de la pieza, susurró:

—No lo sé.

—Me disgustaría tener que cambiarte la cara a golpes, Lucile. Y sé hacerlo.

—Si no estuvieras tan obcecado, Leo, te darías cuenta de que la canción de esta noche la he cantado para ti —susurró ella sin inmutarse ante la amenaza.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que te estoy preguntando?

—Nada..., no tiene nada que ver.

El se acercó a Lucile y la zarandeo por el vestido, junto a los hombros, desgarrando la suave tela.

—Ya han pasado demasiadas cosas para que intentes burlarte de mí. El juego ha terminado para los dos, muchacha. Trata de decir otra vez que no sabes nada de nada y te haré estallar la cabeza contra el cristal de tu propio tocador.

—Pero ¿no te das cuenta de que yo también estoy en peí...?

De repente, Lucile cortó su frase para susurrar:

—¡Dios mío!

Leo fue a volverse, pero en ese momento algo se aplastó dos veces sobre su nuca, con ímpetu salvaje. Hizo un sobrehumano esfuerzo para ver la cara a su enemigo y abrazarse a él, pero fue inútil. Un tercer culatazo lo envió por tierra con la región occipital bañada en sangre. Al caer vio todavía los zapatos del que le había agredido por la espalda.

Murmuró algo ininteligible, y aquella simple visión de los zapatos de su enemigo le hizo reaccionar. Pareció como si sus fuerzas despertaran de pronto. Quiso ponerse en pie y se abrazó a las rodillas del que le había golpeado.

Una voz cerca de él, ordenó:

—¡Dispárale ya!

Leo hizo torsión en las rodillas de su adversario para arrojarlo a tierra, pero todo fue inútil.

Había recibido ya tres culatazos y estaba al borde de la inconsciencia. Otra vez la culata cayó sobre su cráneo y entonces perdió definitivamente el sentido.

Antes de hundirse en el reino de las sombras creyó oír un grito de mujer.

Quizá era cierto que Lucile corría peligro.

Pero ya no podía hacer nada para defenderla.

CAPÍTULO VII

UNA MUJER NEGRA

Cuando abrió los ojos, no mucho más tarde, vio inclinado sobre él el rostro maquillado de un hombre.

Era uno de los artistas del espectáculo y tenía un extraño aspecto, visto a través de las brumas en que Leo estaba envuelto. Sintió que le golpeaban suavemente en las mejillas. Alguien le introdujo entre los labios unas gotas de licor.

Leo tosió y trató de ponerse en pie. No podía.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó alguien que estaba al lado del artista.

El joven pudo ver ahora que el camerino se hallaba lleno de gente, principalmente mujeres. Ni un policía era visible allí, pero sin duda habían avisado ya a los gendarmes. ¿Y qué ocurriría cuando llegasen?

Le reconocerían. Y aunque no le reconociesen, la simple sospecha de que él podía ser el hombre del maletín rojo resultaría suficiente para que le enviasen una ráfaga de metralleta si intentaba escapar.

—¿La policía? —susurró.

—No se preocupe, ahora hemos ido a buscarla.

Los barrios alegres de París están siempre llenos de gendarmes y de agentes de la Sureté. Era tan sólo cuestión de minutos que llegasen allí... Leo intentó apoyarse en sus brazos, para ponerse en pie, y vio entonces que el izquierdo no lo sostenía. Al mirárselo, se dio cuenta de que por él goteaba la sangre.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tuvo suerte —explicó el de la cara maquillada—. El cuchillo iba a clavarse directo en su corazón. Pero en ese momento debió

mover el brazo izquierdo, por pura casualidad, y se le clavó hasta el hueso. Ya se lo hemos arrancado, no tema.

De modo que habían intentado eliminarte... ¿Y a Lucile? ¿Qué había sido de ella?

—Una mujer estaba conmigo —susurró.

—Sí, claro. Lucile. Tendrá que explicarnos lo que ocurre con ella porque ha desaparecido —musitó el artista.

—No me la he llevado yo.

—Veo que tiene usted buen humor, a pesar de lo que ha ocurrido. ¿Quién más entró en el camerino?

—No tengo idea de quién pudo entrar. Lucile y yo estábamos solos. Ella parecía cambiarse para salir a la calle.

—Se equivoca. Tenía que interpretar aún un número en que aparecía con ese vestido.

Leo miraba escrutadoramente a su alrededor, buscando cualquier posibilidad de huida. Habían transcurrido cuatro minutos, tal vez cinco, desde que recobró el sentido. Los policías no tardarían en aparecer.

—Está bien, eso no tiene importancia —susurró—. Lo cierto es que estaba hablando con ella y de repente me golpearon por la espalda. Luego, por lo visto, intentaron lanzarme un cuchillo al centro del corazón, pero debí mover el brazo en el último instante y ya no tuvieron tiempo para rectificar. ¿Han logrado ver a alguien?

—No. ¿De qué conocía usted a Lucile?

Aquello parecía un interrogatorio en regla. Y mientras tanto debía estar llegando la policía...

—Éramos amigos.

—Este hombre casi me amenazó para que le dejase entrar —manifestó entonces el camarero que antes le cortara el paso.

—Los que me agredieron debían estar en la sala —dijo Leo, comenzando a trabajar febrilmente en un plan que acababa de idear.

—Es posible, pero desde luego no entraron por la parte que da a la pista; eso resulta seguro.

—¿Por dónde pudieron entrar entonces?

Un hombre de mediana edad, quien tenía aspecto de ser el director del espectáculo, abrió una puertecita que estaba cerca del tocador y aproximadamente de espaldas al lugar donde se

encontraba Leo cuando recibió el golpe.

—Probablemente por ahí.

Se dirigieron todos hacia aquella puertecita, y en primer lugar Leo, quien ya había logrado ponerse en pie.

Si todo resultaba bien, estaría fuera de allí al cabo de unos minutos. Y además sin violencias, sencillamente.

La puertecita daba a un diminuto lavabo con una ventana. A través de esa ventana, que estaba abierta, se divisaba un patio sobre el que a intervalos caían los reflejos de los anuncios luminosos.

—¿Green que esta ventana permite el paso de un hombre? —preguntó Leo.

—Seguro que sí.

—Pero eran más de uno. Oí perfectamente que alguien decía: «¡Mátalo ya!». Déjenme probar.

Dio un pequeño salto, pasó una pierna por encima del alféizar y logró salir inclinando mucho el cuerpo. El patio, según vio, daba a una azotea baja desde la que seguramente se podría saltar a la calle.

—Éste es el camino que siguieron —dijo en voz alta—. Llegaré hasta el borde de la azotea por si encuentro alguna huella.

—Bien —le contestaron.

Nadie había comprendido aún que lo único que pretendía era huir.

Leo fue avanzando entre la penumbra. Al cabo de unos instantes oyó una voz que llegaba desde la ventana.

—Buenos días, inspector. Parece un asunto entre maleantes. Una artista raptada y un herido...

La policía ya estaba allí.

Leo llegó al borde de la azotea y vio la calle, abajo, a unos seis y ocho metros. Como la zona de los espectáculos se hallaba en la arteria principal, a unos pasos de allí, no había nadie paseando por debajo de la azotea en estos momentos, aunque la otra calle estaba muy concurrida. Convenía aprovechar incluso los segundos o todo estaría perdido. Leo oyó que le gritaban:

—¿Qué hace? ¡Acérquese aquí!

Intentando sobreponerse a las brumas que aun poblaban su cerebro, Leo respiró fuerte y saltó.

No le vio nadie. Cuando un hombre y una mujer doblaban la esquina, él ya flexionaba las piernas junto a la calzada. Pasaron por

su lado sin ni siquiera mirarte, y él echo a andar en línea recta hacia la zona animada de Pigalle, donde podría confundirse entre la gente.

Unos minutos después se hundía bajo tierra por la boca del metro y no lo dejó hasta que estuvo bien lejos, hasta la Porte de Vincennes.

No podía ir a dormir a ningún sitio porque todos los hoteles y pensiones de París estarían vigilados, y además él no llevaba documentación. Pero eso no importaba.

Había visto los zapatos del hombre que intentó matarle.

Y aunque parezca mentira. Leo pudo vagar toda la noche por las calles de París sin pensar más que en eso.

Tuvo que atarse la herida del brazo con el pañuelo que había pertenecido a un muerto.

La piel de la cazadora no dejó que le atravesase la sangre.

A la mañana siguiente, apenas empezaron a abrirse los comercios y las oficinas, Leo hizo algo que seguramente la policía no esperaba de él.

Fue a la biblioteca, cerca de Sainte-Geneviève, y pidió examinar una colección completa de *Le Fígaro* de los últimos cinco años.

En su mente había dos cosas que no podía apartar. Y cualquier psiquiatra le hubiera tachado de loco, caso de saber que esas dos cosas eran los zapatos de un hombre y la canción de una mujer.

Leo pensaba en los acordes de aquella canción que al parecer no tenía ninguna importancia, pero que, según le dijo la misma Lucile la noche antes, *había cantado para él*.

Acostumbrado a las interminables noches de patrulla, Leo no se durmió ni un minuto durante las largas horas que empleó en el examen de aquella colección de periódicos.

Allí estaba la noticia del robo de las joyas, con una serie de detalles espectaculares a pesar de lo moderado que solía ser *Le Fígaro*. Se hablaba de las primeras gestiones de la policía, de la muerte de dos de los asaltantes y de la desaparición de las alhajas... Leo tuvo una sorpresa al conocer la importancia del robo. La valoración de las joyas era mucho más alta que lo que le había dicho Clouzot.

Pero ¿qué relación podía tener aquello con la canción de Lucile?

Leo siguió buscando.

En todos los periódicos posteriores a la fecha del robo no había absolutamente nada que pudiera tener relación con *La canción de las estrellas*.

Leo salió de la biblioteca, desayunó en la rue Souffiot, cerca del Panteón, y cuando ya iba a abandonar la búsqueda por aquel lado, tuvo una idea.

Quizá aquella canción tuviera que ver algo con cosas que iban a suceder no después del robo, sino antes.

Regresó a la biblioteca y examinó los ejemplares de los días inmediatamente anteriores al robo, pero no en las páginas de sucesos, sino en las de espectáculos.

Por fin encontró lo que buscaba.

Dos días antes de que Clouzot y sus compañeros dieran el golpe, un determinado *cabaret* anunciaba el debut de la cantante negra Stella Rous, procedente de Dakar, quien presentaría en París su gran éxito *La chanson des etoiles*.

Al parecer ése era el título de la canción principal que daba nombre a un número arrevistado.

Leo siguió buscando. No le gustaba aquella tarea de mirón de bibliotecas, pero en este trabajo le iba ahora su propia piel.

Y entonces encontró otra coincidencia. Una artista polaca, Lorena Klecowitz, había anunciado dos días antes que en un recital selecto de canciones modernas interpretaría *La canción de las estrellas*, acompañada, por el consumado pianista Rolbens.

De modo que la artista africana, Stella Rous, interpretaría la misma canción que la polaca Lorena y en las mismas fechas, pero mientras una actuaba en un *cabaret*, la otra lo hacía, cantando la canción de distinto modo, en un recital de música más o menos selecta.

De todos modos la coincidencia no podía ser más j sospechosa, teniendo en cuenta lo que Lucile le dijo la noche anterior. Y además, las dos mujeres habían llegado a París poco antes del robo y las dos procedentes de ciudades africanas. Stella de Dakar y Lorena Klecowitz de la misma Argel. Una y otra, en aquellas fechas, eran ya dos ciudades donde los elementos nacionalistas imponían la violencia.

Leo buscó una guía de los espectáculos de París de aquella

época, donde aparecieran las fotografías de las dos artistas.

Las pudo encontrar. Stella era una negra delgada, brillante, que por lo visto intentaba imitar en sus sonrisas y sus poses a Josephine Baker. Lorena, en cambio, era una mujer opulenta y con unos cortos cabellos color rubio pálido que enmarcaban un rostro sano y agradable. Había algo fresco y puro en ella, como en el rostro de una muchacha campesina. Disimuladamente, Leo hizo algo que le repugnaba, pero que necesitaba hacer: Arrancó la hoja donde estaban las dos fotografías y se la guardó en uno de los bolsillos de la americana. Hecho esto salió de la biblioteca.

Era mediodía, y el Barrio Latino bullía de estudiantes que salían de sus clases. La plaza de la Sorbona estaba llena de una abigarrada multitud. En los restaurantes populares, comenzaban a formarse las primeras colas.

Leo se agregó a una, la de un restaurante llamado Le Libre Service y comió allí frugalmente sin llamar la atención. Luego salió nuevamente a la calle y empezó su búsqueda.

Tenía que encontrar a dos mujeres que seguramente no habían vuelto a actuar en los espectáculos de París y que quizá ya ni siquiera vivían en Francia. En una ciudad de casi cinco millones de habitantes y teniendo además que ocultarse, ésa iba a ser la empresa de un loco.

Pero Lucile no le hubiese dado aquella referencia caso de saber que era imposible encontrarlas.

Se sorprendió cuando el pensar en Lucile, cuando el recordar a Lucile le produjo como un sordo dolor en el corazón.

Era como un dolor inexplicable, algo que no había sentido nunca y que le hacía incluso respirar con angustia.

¿Es que habría llevado su locura hasta el extremo de enamorarse de ella?

Lucile era la mujer que le había engañado, la que le había puesto en trance de morir hecho pedazos, la que le había convertido en carne de guillotina y en uno de los hombres más perseguidos de París. Pero por si esto no existiera, por si esto fuera poco, Lucile era, además, la viuda de su mejor amigo, la viuda de Clouzot. ¿Cómo podía llegar a unirle a ella cualquier relación sentimental?

Pero lo cierto era que, de un modo u otro, aquel fenómeno

existía, y Leo se sentía intranquilo y angustiado al pensar en lo que habría podido ser de tía muchacha.

Comenzó su investigación por el *cabaret* donde había actuado la negra Stella Rous. Una artista frívola siempre deja muchísimas más huellas que otra que da conciertos selectos acompañada por un pianista.

Leo no perdería tiempo buscándolas a las dos a la vez. Esperaba que, localizada una, ésta le daría la pista de la otra.

Fue al *cabaret*. Éste era de los de «sesión continua», abiertos todo el año para los turistas. El portero paseaba aburridamente arriba y abajo esperando que llegaran las horas de más movimiento para empezar a hacer propaganda ante todos los que se acercasen. No dirigió a Leo más que una aburrida mirada de reojo.

Leo, antes de empezar a hablar, le puso en la mano un billete de mil francos. Después de esto iba a quedarse prácticamente sin dinero, pero necesitaba hacerlo.

—Vengo de Argel —susurró.

El otro tomó los mil francos, los guardó en uno de sus bolsillos y le miró distraídamente.

—¿Ah, sí?

—He estado dos años fuera de París.

—Mala suerte.

—Cuando marché, trabajaba aquí una artista por la que me sentía muy interesado.

—¡Vaya!

—Necesito con mucha urgencia encontrar su pista. No quisiera marcharme de París sin volverla a ver.

—Puedo darle el domicilio particular hasta de las: ratas que hay a veces por este *cabaret*. ¿El nombre de la chica?

—Stella Rous.

El portero pareció reflexionar, pareció remover todo su inmenso archivo de caras, de figuras, de recuerdos.

—Ese nombre no me dice nada. ¿Está seguro de que actuó aquí?

—Sí. Veá.

Leo extrajo el recorte de la guía de espectáculos y: la mostró al portero. Éste ya no vaciló después de ver la piel negra y los ojos claros de la estrella.

—¡Ah, sí, la norteafricana! Estuvo muy pocos días aquí y por eso

no la recordaba. Fue un fracaso.

—Esa artista era buena.

—Yo no se lo discuto, y hasta tenía ese algo flexible y un poco misterioso que tienen todas las negras. Aunque a mí no me gustaba, vaya. El público dijo que no sabía cantar y la aplaudieron muy poco. Había formado en dos días un conjunto con una serie de chicas sin mérito alguno, de esas que ruedan todo el año por las antenas de los agentes de espectáculos. Le repito que fue un fracaso.

—¿Y decía que no sabía usted nada de ella?

—Bueno, el nombre lo había olvidado, pero la cara... Era una negra norteafricana de esas que tienen mezcla de once razas distintas. No se la olvidaba fácilmente. Luego su cintura, que era de lo más flexible que he visto jamás. Pese a todo, no sé a qué cuerno vino a París. Podía saber cantar para el público de Dakar, pero aquí...

—¿Sabe lo que hizo cuando rescindieron su contrato?

—Largarse a África, supongo.

—Intente recordar.

—Por mil francos no puedo hacer demasiados prodigios, amigo. Pero veamos... Ella, al salir del espectáculo, siempre pasaba una hora o dos en ese bar, en el Petite. Pregunte a ver.

Leo comprendió que ya no podría sacar más de aquel hombre y entró en el bar.

Éste era uno de los viejos rincones de París que tratan de conservar su ambiente. Tenía colgadas en las paredes reproducciones de Picasso y de Toulouse-Lautrec, junto con algunas de Utrillo. Fotografías de viejas estrellas de Montmartre destacaban junto al gran anaquel de las botellas. A aquella hora no había apenas nadie, y el dueño, un obeso francés apoyado en la barra, debía sentirse propicio a las confidencias.

Leo tomó un «Courvoisier», dio varias vueltas a la copa entre sus dedos, hizo una serie de preguntas triviales y al fin terminó mencionando el nombre de Stella Rous.

—¡Ah, Stella, Stella Rous!

El dueño tenía unas cuantas fotografías de la negra, y también dijo que había admirado mucho el cruce de razas que se apreciaba en su piel, que le encantaban, al verla andar, los movimientos de su

cintura flexible, y que a pesar de esto había tenido poco éxito porque no sabía cantar.

Eso era cuanto sabía el dueño del Petite. Más o menos lo que todos los que hubieran visto a Stella Rous un par de veces. Leo no le pudo sacar nada más concreto por muchos esfuerzos que hizo.

Al fin el hombre recordó, dándose un golpe en el prominente abdomen.

—¡Ah, sí! Si tiene interés en encontrarla, más valdrá que pregunte a Etienne. Etienne es un tipo que se dedica a buscar alojamiento a las artistas que vienen con deseos de actuar en París. Ya ha estado dos veces detenido por la policía.

—¿Buscó alojamiento a Stella?

—No, puesto que ella tenía dinero para vivir en un buen apartamento. Pero sé que hicieron una cierta amistad porque solían hablar solos ahí, en esa mesa.

—¿Y dónde vive Etienne?

—Tiene un cuchitril dos casas más a la izquierda. Llame fuerte si no le abre en seguida. Está tarado por las drogas, ¿sabe? Y puede que duerma una especie de borrachera.

—Gracias. Yo se la quitaré.

Fue a la dirección indicada, subió hasta el último piso y llamó. Etienne no estaba dormido, sino bien despierto y además desesperado por la falta de drogas. En cuanto Leo le mencionó a Stella Rous, se puso a maldecirla en voz alta.

—Alquiló una habitación por mi intermedio, pagué yo un mes de alquiler y no llegó a ocuparla. Naturalmente ni me devolvió el dinero, ni la volví a ver más. Era una pérdida, una mujer que sólo servía para engañar a infelices como yo. Bueno, ¿y usted para qué quiere encontrarla?

—A mí también me engañó.

—Pues si quiere encontrarla, puede que tenga que volver a África. Dakar debía ser una buena ciudad para ella, pero París... Bueno, no puedo darle ninguna pista, amigo. Y crea que lo siento, porque me gustaría ayudarle a que le arrancase la piel...

—¿Dónde estaba esa habitación que le alquiló?

El otro le arrojó una mugrienta agenda.

—Mire, aquí tiene la dirección. Es un sitio honrado, un sitio de donde no se puede marchar uno sin pagar el alquiler. Lea.

El joven tomó la agenda entre sus dedos y leyó una determinada dirección de Montparnasse.

—Gracias.

—¿Es que va a ir?

—Sí.

—Allí no sabrán nada, excepto que yo he presentado una reclamación a la policía.

—¿Cuánto hace que no le ven?

—Pues... Bueno, yo he estado un tiempo en la cárcel últimamente. Es posible que no sepan ni dónde vivo. Haga lo que quiera.

—Gracias otra vez.

Leo salió otra vez a la calle y tomó el metro hasta los jardines del Luxemburgo. Trataba de comportarse con una absoluta naturalidad puesto que el que le atrapasen o no era simplemente una cuestión de azar. Si entre cinco millones de parisienses, un solo gendarme se fijaba en él, estaba ya listo. Si, por el contrario, no se fijaba nadie, su libertad podría aún durar uno, dos días...

Lo único que debía evitar a toda costa era acercarse a las estaciones o a las salidas de París.

La dirección que llevaba en la memoria correspondía a una pensión muy pequeña y de aspecto demasiado íntimo. Leo entró allí con la convicción de que no iba a averiguar nada y de que tal vez le convendría más seguir las huellas de Lorena, la polaca.

Pero se encontró con una violenta sorpresa.

Stella había dado señales de vida unos dos meses después de su desaparición de los escenarios. Aquellas señales de vida consistían en el importe de un mes de pensión para que fuese devuelto a Etienne.

—¿Cómo lo envió? Perdone que haga esa pregunta, pero tengo un gran interés en encontrarla.

—Por giro postal. La libranza está todavía aquí, junto con el dinero.

Leo anotó mentalmente la dirección del remitente: «Rous, 118 Boulevard Montmartre».

—Si este dinero está a disposición de Etienne, ¿por qué no ha venido a recogerlo? —preguntó.

—¿Y yo qué sé? Ese Etienne era una mala pinta, al fin y al cabo.

No sé por qué le hemos guardado el dinero durante tanto tiempo. Le enviamos un muchacho con él y no lo encontró. Luego ya no me he molestado más. ¡Sólo faltaría eso!

Leo recordó las palabras de Etienne: «Bueno, yo he estado algún tiempo en la cárcel últimamente». Sin duda, fueron a llevarle aquella suma cuando él estaba entre rejas, y ahora ni siquiera podía sospechar que tenía allí cerca de cincuenta mil francos a su disposición.

—Gracias —dijo Leo—. Yo soy algo amigo de Etienne. Le avisaré.

—Dígale que se muera.

El joven salió a la calle. Habían caído las primeras sombras de la noche y comenzaban a vocearse ya las primeras ediciones vespertinas de los periódicos.

Leo se detuvo unos instantes ante un quiosco, donde estaban siendo colgados los últimos ejemplares aparecidos.

En primera página del *France-Soir* aparecía un dibujo muy aproximado, muy bueno, de su rostro, hecho a lápiz.

Un grabado de aquel dibujo debía estar ya siendo distribuido por todos los periódicos del país.

Debajo, en llamativas letras, decía:

EL ASESINO DE LA PREFECTURA

Ahora ya se iba cerrando el cerco alrededor suyo.

No sólo podrían reconocerle los gendarmes, sino los simples ciudadanos. París era una cárcel para él.

Leo se mordió el labio inferior, ocultó la cara todo lo que pudo y fue en dirección al *boulevard* Montmartre lo más rápidamente posible.

A pie. Ya no podía arriesgarse más.

La casa era antigua, pero lujosa. Tenía un encantador aspecto ochocentista. El portero dijo al joven que la mujer que él buscaba va no estaba allí desde casi un año antes.

—Vivía con una amiga, una rubia. No recuerdo ahora su nombre, pero como... como...

—¿Lorena Klecowitz?

—¡Justo! Lorena Kle... Kle..., ¡cuernos! Bueno, así se llamaba. Era una rubia muy dulce, muy simpática, mientras que la negra

resultaba bastante vulgar.

Leo repitió el disco: Era muy amigo de Stella Rous, llevaba dos años sin verla, se habían conocido en Dakar... Si pudieran darle algún indicio se sentiría tan agradecido...

—¿Sabe adonde fue a vivir? —terminó, preguntando.

—Creo que sí. Me dejó la dirección por si llegaba correspondencia a su nombre. Déjeme ver.

Estuvo un tiempo hurgando en un viejo cajón y revolviendo papeles. Al fin encontró lo que buscaba.

—Mire; apúntelo si quiere.

Leo no lo hizo porque podría retener aquella dirección en la memoria. Un número de la *rué du Temple*, en el corazón del viejo París.

—Gracias.

El portero había sido tan servicial que Leo le dio como propina los últimos francos que llevaba encima.

El trayecto entre el *boulevard* Montmartre y la *rué du Temple* es muy largo si se va a pie. Y aunque Leo caminaba de prisa y sin detenerse en ningún sitio, París estaba en pleno apogeo de su vida nocturna cuando él llegó a la dirección indicada.

Correspondía a una casa vieja y leprosa, con las paredes desconchadas y puertas que olían a cien años de antigüedad. En los pisos altos, notó que esas puertas ostentaban placas con nombres, y debajo profesiones artísticas como «Pintor», «Escultor», «Profesor de música»...

¿Qué habría ido a hacer allí una artista ligera como la negra Stella Rous? ¿Por qué aquel sitio?

Llegó hasta el último piso. Había allí dos puertas, una a la izquierda y otra a la derecha. Leo sabía que la puerta de la habitación de Stella era la de la izquierda.

Tras la de la derecha debía haber un estudio donde se celebraba una fiesta. Al menos era posible oír un tocadiscos que sonaba muy alto y de vez en cuando alguna carcajada.

Leo se encogió de hombros y llamó a la puerta de la izquierda. El timbre se oyó estruendoso como si resonara en una habitación vacía.

Se oyeron pasos.

Alguien abrió.

Al franquearse del todo la entrada, la figura de un hombre se recortó en el umbral.

Leo lanzó un gruñido y se arrojó sobre él con el ímpetu salvaje de una fiera.

CAPÍTULO VIII

LA GUARIDA DE LOS BUITRES

Aquella especie de loco frenesí, aquel ímpetu salvaje, le salvó la vida esta vez.

El hombre que le había franqueado la entrada llevaba en la mano derecha una automática de largo cañón, con silenciador acoplado. No pudo hacer uso de ella y ni siquiera llegó a amenazar a Leo. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía ya estaba rodando por el suelo y había recibido dos salvajes impactos en la garganta, quedando sin respiración.

Y lo curioso era que aquel tipo no había mostrado para nada la automática cuando abrió la puerta; por el contrario, su sonrisa casi había sido amistosa, aunque estaba apuntando al visitante con la pistola a través del bolsillo de la americana. Pero era argelino, y su rostro lo denotaba bien claramente. Leo, sólo al verlo, adivinó ya inmediatamente que algo sucedía allí y decidió no perder ni un segundo en vacilaciones.

Gracias a eso pudo evitar que el argelino disparara contra él o lo hiciera entrar con los brazos en alto. Convertirse en prisionero de aquellos hombres significaba morir, y Leo lo sabía.

Por eso golpeó con los dos puños enlazados el corazón del africano, poniendo todas sus fuerzas en aquel impacto brutal, y cuando el otro se estremeció, intentó arrebatarle la automática.

Dos hombres más entraban corriendo en aquel momento por una puerta interior.

Eran africanos también y vestían ostentosamente. Sus corbatas chillonas parecían un arco iris visto en cinemascopé. Llevaban sobre sus cabellos negros más aceite que las máquinas de un petrolero.

Leo les enfiló con la automática sólo un segundo antes de que

ellos pudieran apuntarle con sus revólveres de cañón corto.

—Quietos.

Los dos abrieron mucho la boca al verle allí. No le habían visto nunca en persona, pero debían haber leído la edición nocturna de los periódicos. Quedaron como petrificados un instante, y luego uno de ellos intentó reaccionar levantando el cañón de su revólver.

¡Plaf!

Fue como un suave taponazo, como el descorche de una botella de champaña. Aunque Leo no tiró a matar, sí que dejó a otro manco para toda la vida. La bala debió atravesarle el húmero por el centro. De repente pareció como si su brazo fuera el de una grúa rota por el eje, y empezó a oscilar de una manera trágica y a la vez cómica. El revólver de cañón corto cayó suavemente a tierra.

El otro africano no se movió.

—A ti te dispararé a la cabeza, muñeco. Yo sólo tiro a los brazos para entrenarme. Suelta ese revólver.

El arma cayó a tierra.

A través de la puerta abierta que tenía a su espalda, Leo oía el ruido de la fiesta del otro departamento. Ahora el tocadiscos lanzaba al aire los sones de una danza afrocubana. Los sones se repetían hasta la exasperación, siempre los mismos:

Tam, tam, tam, tam...

Leo avanzó dos pasos.

El que estaba en el suelo se movió e intentó atacarle. Leo lo desmayó de una patada en plena cabeza. El africano lanzó un gruñido, dio dos vueltas sobre sí mismo y quedó quieto.

Detrás, seguía oyéndose el ruido.

Tam, tam, tam, tam...

—He venido a ver a Stella Rous —musitó Leo.

—¿Y a nosotros, qué? —Gruñó el que no estaba herido.

—He dicho que quiero verla.

—Tú eres al que persigue la policía, ¿no? El que lanzó una bomba en la Prefectura.

—Yo soy el que me da la gana. Apartaos de la puerta. Uno a cada lado, ¡vivo! Quiero ver lo que hay ahí.

En efecto, los dos argelinos tapaban con sus cuerpos la puerta que tenían a la espalda. Al separarse, Leo pudo ver parte de la habitación que comenzaba allí. Cerca del umbral, en el suelo, se

veía parte del brazo de una mujer con unas joyas y una mano crispada.

La piel de esa mano era negra.

Tam, tam, tam, tam...

El sonido exasperante de aquella canción parecía llenar la noche.

—Colocaos dando cara a la pared y con las manos a la altura de la cabeza —ordenó Leo—. Voy a cachearos.

Los dos obedecieron, colocándose en la postura ordenada. Leo fue a acercarse a ellos y en aquel instante notó que algo había cambiado allí. Algo había cambiado en el ambiente, en el aire.

Al principio no supo, precisar en qué consistía.

Luego se dio cuenta, cuando ya era demasiado tarde.

Había cesado la música a su espalda, había cesado aquel «tam, tam» obsesionante de la danza.

Leo fue a volverse con la velocidad de un gato acosado y recibió entonces el primer golpe.

Vio que había por lo menos tres enemigos a su espalda.

Logró disparar y clavó a más cercano de ellos una bala entre ceja y ceja. Los dos que estaban apoyados en la pared saltaron entonces sobre él con una agilidad insospechada. Incluso el del brazo roto, que antes apenas había podido levantarlo para apoyarse, se movió con la rapidez de un atleta. Los dos intentaron caer a los pies de Leo para hacerle perder el equilibrio y de paso recuperar sus armas. Leo movió sus piernas y los rechazó a patadas, pero en ese momento recibió el segundo golpe.

Sus enemigos no querían matarle. Y desde luego no obraban así por humanitarismo, sino porque les interesaba cazarlo vivo y someterlo a interrogatorio. Aquello iba a ser peor que cien muertes, pensó Leo mientras las brumas iban invadiendo su cerebro.

Otro golpe.

Intentó reaccionar y ya no pudo. Notó que la automática resbalaba de entre sus dedos.

Alguien le aferró por el cuello y empezó a estrangularle con sabios y crueles movimientos de los pulgares.

Leo le propinó un rodillazo al vientre y logró desasirse. Movié el puño derecho en forma de molinete y oyó frente a él un chasquido de huesos. Aún conservaba una fuerza brutal, aún era como una

fiera acorralada que se disponía a morir matando. La herida, en caliente, no le dolía. Cinco enemigos luchando contra él no bastaban a sujetarle. Creyó notar, como una sensación lejana, que alguien había vuelto a conectar el tocadiscos, poniendo el máximo volumen de voz para que no se distinguieran los rumores de la lucha.

El joven cayó al sudo y sus enemigos cayeron sobre él. Todavía logró cazar a uno y aplastarle el pabellón nasal con un cruzado zigzagante. Luego los demás empezaron a patearle. Leo gimió, mientras las fuerzas le abandonaban, pero el suyo no fue un gemido para implorar piedad, sino algo así como un grito de guerra que se extingue lentamente.

Los golpes arreciaron. Leo tuvo la sensación de que todos sus huesos saltaban, de que se rompían cruelmente.

El dolor le hizo perder el sentido.

Pero antes vio otra vez los zapatos de uno de sus atacantes, los mismos zapatos que viera en el camerino de Lucile, cerca de la rué Pigalle, cuando intentaron clavarle un cuchillo en el corazón.

La herida del brazo sangraba profusamente.

Leo, antes de hundirse en las sombras, sintió una terrible angustia, como si toda la sangre de su cuerpo fuese a salir despedida por entre sus labios. Luego ya no sintió más.

La música seguía sonando. Centenares de personas pasarían por debajo de aquella ventana sin sospechar lo que ocurría allí. El pulso de París seguía latiendo igual aunque en la rué du Temple cinco hombres estuvieran a punto de descuartizar a otro a quien buscaba toda la policía de la capital.

Ahora el tocadiscos desgranaba las notas de una canción de Jacqueline François:

« la vie, et du reste... et du reste... je fous...

J'aime

j'aime

l'amour...

m'en

».

La canción, amarga y sin piedad en el fondo, iba muy bien para aquellas circunstancias.

Leo despertó al sentir que le tiraban hacia atrás de los cabellos y que alguien derramaba sobre su garganta unas gotas de agua fría.

Miró a su alrededor.

Sólo tres hombres. Faltaban el herido en un brazo y el de los zapatos que había visto ya dos veces. Tres hombres estaban ahora ante él mirándole con expresiones donde se leía el deseo de matar. Llevaban navajas, y Leo supo que ninguna piedad podría esperar de ellos en cuanto hubiese hablado.

—Bueno —dijo—, soltadme ya.

Le soltaron. Tenía el cuello como acartonado. No había ahora un solo músculo en su cuerpo que respondiera a su voluntad.

—Dejadme ver.

Se apartaron. No tenían inconveniente en que viese. Leo, que estaba derribado en el suelo, distinguió entonces Claramente a Stella Rous, en el umbral de la habitación contigua.

Mala cosa una mujer pasada y muerta, pero si esa mujer es negra mucho peor aún.

Stella Rous debía haber sufrido mucho, antes de llegar a todo aquello. Los hombres que la habían conocido hablaban de su piel de un extraño color, donde se mezclaban los matices de varias razas. De su cimbreante cintura, flexible y suave. De su caminar que era armonioso y parecía imantar los ojos, aunque puesta sobre una pista aquella mujer no supiese cantar. Todo eso era lo que a Leo le habían dicho de Stella aquella misma tarde.

Pero Stella ya no recordaba en nada a esa mujer que aún vivía en la imaginación de los hombres que la conocieron. La ciudad parecía haberla hundido, arrastrado, pisoteado antes de hacer que aquellos argelinos la estrangularan poco a poco. Estaba gruesa y llena de deformidades, como una sesentona. Su cintura era más ancha que las caderas. Largos meses de inmovilidad, de terror, habían deformado su alma y su cuerpo. Leo pensó con lástima en lo que debía haber sido la huida de aquella mujer a través de París, cambiando siempre de domicilio, hasta que sus perseguidores dieron con ella.

—Ahora me explico por qué depositó ese dinero en la pensión del *boulevard* Montmartre —susurró—. Lo hizo para que Etienne

retirara la denuncia y la policía no la buscase. Debía tener mucho interés en que no la encontrase nadie, nadie...

—¿Qué dices? —le preguntó a boca de jarro uno de los africanos.

Leo le escupió.

El puntapié le hizo caer hacia atrás, lanzando un sordo gemido de dolor.

—¿Qué buscabas aquí? —Siguieron preguntando.

—A Stella Rous.

—¿Por qué?

—Era un antiguo admirador suyo.

Nuevo puntapié, ahora en la base de la columna vertebral. Podían dejarle paralítico...

—Dinos qué buscabas.

—Quería saber qué relación podía tener con el robo de las joyas. ¿De qué sirve ocultarlo?

—¿Y qué relación tenía? —preguntó, riendo, uno de ellos.

—Eso lo sabréis vosotros.

—Puede que las guardara, ¿no?

—Puede —gruñó Leo.

—¿Y dónde?

—¡Yo qué sé! ¡Id al infierno!

—No nos costaría nada dejarte aquí y telefonear a la policía. Esa mujer, Stella, no tiene huellas en ninguna parte de su cuerpo. Podrían creer que la has estrangulado tú. Bastaría obligarte a que le pasases los deditos por el cuello, por ejemplo.

—Sin necesidad de eso ya estoy con el agua hasta las orejas —murmuró Leo—. La policía me pondrá a buen recaudo en cuanto me huela. Y para ejecutarme son capaces de preparar una guillotina de triple hoja.

—Tu atentado ha sido uno de los más audaces de la historia de París, ¿no? —rió uno de los africanos.

—Ha sido digno de un idiota.

—¿Qué sabes de Lorena Klecowitz?

—Pensaba averiguar algo de ella en cuanto encontrase a Stella.

—¿Por qué?

—No me cabía duda de que estuvieron en relación. Las dos llegaron a París en la misma época, advirtieron de su presencia a

una determinada persona estrenando en Francia una canción, no se movieron luego de la capital y vivieron juntas un tiempo. Quería averiguar por qué.

—Eres un poco curioso, ¿no te parece?

—Tengo el mayor interés en esto porque me va la cabeza. Sé que ellas guardan las joyas robadas hace dos años.

Los ojos de los tres argelinos brillaron repentinamente y de un modo muy parecido, como si los tres hubiesen tenido el mismo reflejo nervioso.

—¿Es eso lo que sospechas?

—No es una sospecha; es una seguridad.

—¿Quién te dio la pista?

—Una mujer a la que salvaré a pesar de todo lo que intentéis contra ella: Lucile.

Uno de los argelinos lanzó una carcajada.

—Podría estar ya como esa otra...

Sus labios se crisparon al recibir en el tobillo el terrible puntapié que le conectó Leo. Los otros dos le golpearon con saña hasta dejarle desvanecido otra vez.

A Leo le fue casi imposible abrir los ojos cuando pudo levantar la cabeza.

—Intentaré salvarla —repitió.

—¿Por qué? Ella lo preparó todo para que saltases hecho pedazos...

—Pero luego me dio una pista. En todo esto ha de haber una razón y quiero averiguarla.

—Seguro...

—Lorena y Stella guardaban las joyas —concluyó Leo con voz firme—. Y Lucile lo sabía. El robo fue tan importante que justifica la actividad de una banda de asesinos como vosotros. Pero no se trata sólo de las joyas. Hay también algo más.

—¿Ah, sí?

Las expresiones de los tres hombres eran burlonas, pero por eso mismo se daba cuenta Leo de que iba por el buen camino, de que estaba adivinando la verdad.

—He repasado la historia de los robos más importantes de estos dos últimos años. No había tenido noticia de muchos de ellos por encontrarme en Argelia, de modo que algunas noticias han sido

verdaderas sorpresas para mí. Pero, examinados con perspectiva esos robos, he llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

La curiosidad de sus aprehensores aumentaba.

—Que gran parte de ellos han sido realizados por una misma mano o por una misma organización.

—Casi es natural, ¿no?

—En este caso me refiero a una organización de hombres radicados en África del Norte.

—Muy interesante. ¿Y qué quiere eso decir, si lo que dices tiene alguna clase de sentido?

—Quiere decir que Stella y Lorena, y quizá la misma Lucile, guardaban también el producto de esos robos.

Los tres hombres cambiaron una rápida y fugaz mirada.

—Sabes más cosas que la misma policía.

—Ningún policía se ha visto metido tan hasta el cuello como yo en este asunto.

—¿Sabes que has hecho una verdadera tontería diciendo todo eso? ¿Crees ahora que vas a salir vivo de aquí?

—Sé que, al menos, no me entregaréis a los gendarmes.

Los tres hombres lanzaron a la vez otra carcajada.

—Dentro de unos instantes lo pedirás a gritos... pero nadie te hará caso. Nadie podrá oírte...

Las navajas se aproximaron poco a poco a los ojos de Leo. Éste, a pesar de lo que había sido su vida, no pudo reprimir un escalofrío de horror.

—Condenados perros, cachorros de hiena, hijos de una zorra sarnosa, malditos seáis...

—Habla, pichón. Así sufrirás menos...

Y Leo cerró los ojos desesperadamente cuando vio junto a sus párpados las puntas de las navajas.

CAPÍTULO IX

LA GRAN PELEA

Y, sin embargo, todas las palabras de Leo, desde la primera hasta la última, habían obedecido a un plan.

En primer lugar, ahora ya sabía que sus suposiciones eran ciertas.

Y, en segundo lugar, sus enemigos estaban ahora nerviosos y se habían propuesto eliminarle sin asegurarse antes bien.

Ni tan siquiera lo habían atado.

El escalofrío de horror que ya de por sí sentía lo hizo Leo tan intenso y exagerado como pudo.

Y el temblor de sus miembros fue, en realidad, el movimiento que éstos necesitaban para estar dispuestos a la acción.

Uno de los africanos rió mientras se disponía a atravesarle el párpado con la hoja de acero.

Y su risa se le quebró de repente en la garganta.

Leo había movido las dos manos a la vez, sujetando el arma cuando ya iba a rozarle el párpado. Retorció brutalmente aquella muñeca, mientras rechinaban sus dientes, y lanzó sus piernas en dirección a los otros enemigos. En un solo segundo se oyó allí un conjunto de gritos y de salvajes maldiciones. Rechazados dos de los argelinos por los pies de Leo, rodaron por el suelo de la habitación mientras el otro aullaba al sentir que iban a romperle la muñeca.

Como estaba en cuclillas, ni siquiera podía volverse o saltar. Su propio cuerpo era como un peso muerto mientras la muñeca chirriaba. Chirriaba... Los dos africanos se levantaron a un tiempo, mientras el otro lanzaba un alarido infrahumano al tiempo que su brazo derecho se partía en dos. El cuchillo cayó de entre los dedos crispados y su dueño se desmayó de dolor.

Cuando los dos argelinos llegaron junto a él, Leo ya tenía el cuchillo en su derecha.

Dos contra uno. Estaba acostumbrado a luchar así y le gustaba hacerlo.

Su primer enemigo le duró apenas tres segundos.

Cuando se lanzaba al ataque, Leo lo cazó con un golpe de abajo arriba que fue recto a atravesarle el corazón. El africano abrió mucho la boca mientras lanzaba un estertor y cayó casi abrazado a Leo. Éste sólo tuvo que girar un poco con aquel contrapeso para que la cuchillada de su otro enemigo —una cuchillada ciega y brutal— se clavara en el cuerpo del muerto.

Leo desclavó el cuchillo de un seco tirón, saltó hacia atrás e inmediatamente volvió a saltar hacia adelante.

Su enemigo no esperaba aquella rapidez de movimientos, aquella especie de danza macabra.

Recibió el impacto en el pulmón derecho y soltó el arma jadeando, mientras se estremecía de horror. Leo ya no empleó ninguna otra violencia contra él. No mataría a un enemigo que se le entregara y que resollaba como un perro muerto de miedo.

Lo sujetó por la solapa izquierda de su americana —la otra estaba empapada en sangre— y lo arrojó contra una de las butacas que había en la pieza.

—Necesitarás un médico para que te cure —susurró—, pero no lo tendrás si no contestas a todas mis preguntas.

En el estudio contiguo, el tocadiscos seguía funcionando al máximo volumen. Nadie se enteraría de lo que ocurriese allí aunque Leo partiese al argelino en cuatro pedazos.

—¿Tienes bien suelta la lengua? —preguntó.

—Contestaré... a lo que quieras. Pero no me dejes así...

—Sólo quiero hacerte una pregunta: ¿dónde está Lucile?

—No... lo sé.

Leo acercó la punta del cuchillo a la garganta de su enemigo.

—¿Dónde está Lucile?

—En... Tienes que ir al *boulevard* Sebastopol.

—El *boulevard* Sebastopol es muy grande.

—Es hacia el número 250; no puedo precisar. Hay allí una señal que te indicará la casa.

—¿Qué señal?

El argelino le miraba con los ojos muy abiertos, unos ojos donde se leía el terror.

«El no tiene la culpa de ser un pobre salvaje vestido como un hombre civilizado», pensó Leo con un sentimiento de lástima.

Porque el terror de aquel hombre era un terror abismal, casi supersticioso. Un terror africano.

—¿Qué señal? —preguntó de nuevo.

—Tú estuviste en la Casbah cuando murió Clouzot, ¿verdad?

—Sí, ¿y qué?

—Pues si estuviste, fíjate en los coches aparcados hacia el número 250. No te equivocarás.

O aquello era un acertijo, o el hombre, en verdad no sabía más que lo que estaba diciendo. Quizá no había recibido más instrucciones que ésas. Leo fue a zarandearle para que ampliara sus explicaciones, pero en ese momento el africano se desmayó.

Estaba perdiendo mucha sangre. Leo no podía esperar a que recobrase el sentido porque si esperaba demasiado quizá ya no lo recobraría nunca.

Buscó con la mirada un teléfono y lo encontró adosado a la pared de su izquierda. Marcó sin vacilar el primer número que la guía señalaba para la policía de París.

Cuando le contestaron dio la dirección.

—Encontrarán algo muy interesante —advirtió—. Los agentes que vengan no correrán peligro. Pero traigan un médico.

—Oiga, ¿quién es usted...?

—Gástese cincuenta francos, y compre cualquier periódico de esta noche.

Luego colgó.

El argelino jadeaba con los ojos cerrados. Leo contempló un momento los cadáveres y entró en un pequeño lavabo que había anejo al estudio. Allí permaneció unos instantes con la cabeza bajo el grifo. El dolor insufrible que tenía en la nuca y las náuseas que sentía en la garganta, fueron desapareciendo poco a poco.

Limpio la sangre del brazo y se hizo un torniquete con un pedazo de toalla.

Se peinó al fin, arregló sus ropas lo mejor que pudo y salió del estudio, bajando a la calle rápidamente.

No había hecho más que pisar la calzada, cuando oyó cerca de

allí los cortos y repetidos toques de sirena de los coches de la policía francesa.

Unos minutos después, sin dar tiempo a que los agentes bloquearan la calle, él ya estaba lejos.

Palpó en uno de sus bolsillos la automática con silenciador acoplado. El contacto le tranquilizó.

Convencido de que ningún policía le iba siguiendo, se encaminó sin prisas al *boulevard* Sebastopol, llegó a la altura del número 250 y estuvo mirando los automóviles que se hallaban aparcados en aquella zona.

Eran muchos, pero el detalle que Leo buscaba le hizo fijarse en uno solo.

El había estado con Clouzot en la Casbah de Argel, la noche en que empezó todo. ¿Y cómo empezó?

Los recuerdos del joven se agolpaban en su mente.

Empezó cuando en aquella miserable habitación encontraron a un hombre ahorcado. Los rebeldes no solían ahorcar a sus enemigos, sino que los degollaban. Leo recordaba que encontrar a aquel hombre allí le llamó poderosamente la atención, aunque los acontecimientos no le dejaron reflexionar sobre ello más tarde.

Un ahorcado allí, como si estuviese puesto ex profeso para alguien... ¿Por qué? ¿Qué clase de siniestro aviso significaba?

Y ahora Leo se convenció de que, en efecto, aquel cadáver tenía importancia, porque encontró en uno de los coches aparcados la señal que venía buscando.

Junto al cristal posterior había colgado un muñeco, como muchos de los que se colocan para adorno de los automóviles. Pero éste no era un muñeco normal, sino que imitaba perfectamente y en todos sus detalles a un hombre ahorcado.

Semejante mal gusto no era una casualidad.

Todo coincidía.

Leo miró la casa frente a la cual estaba aparcado el vehículo. Una como tantas otras, pero ésta tenía un pequeño y antiguo jardín en la parte delantera. Las ventanas estaban cerradas y daba la sensación de que aquella casa no había sido habitada en bastante tiempo.

Mientras Leo examinaba el automóvil —que tenía aspecto de llevar muchas horas aparcado allí, a juzgar por la mancha de grasa

que había bajo él— y la casa, alguien se le aproximó por la espalda.

A unos ocho pasos se detuvo.

Leo estaba perfectamente convencido de que ningún policía seguía sus pasos, pero esta vez se equivocaba.

Cuando él telefoneó desde el estudio, la llamada fue cursada con carácter de urgencia a un agente que tenía su puesto de observación cotidiano, en un café-concert de las cercanías.

Aquel agente llegó a la casa antes que el coche patrulla, y vio salir a Leo de allí.

Lo reconoció inmediatamente. Y lo venía siguiendo desde entonces sin que él se diera cuenta.

No es posible pasar inadvertido tanto tiempo en las calles de una ciudad, aunque ésta tenga cinco millones de habitantes.

Mientras Leo se acercaba poco a poco a la casa, el policía se encaminó sin perderle de vista a un café cercano y telefoneó.

Desde la cabina, vio entonces que el joven se ocultaba rápidamente.

Cuatro hombres y una mujer estaban en aquellos momentos saliendo de la casa.

CAPÍTULO X

LA PISTA MACABRA

Había empezado a llover con esa especial llovizna de París, tan fina que ni siquiera moja, pero que entenebrece las calles y les da un aspecto de ciudad vieja, cansada, llena de extraños recuerdos.

Leo no necesitó ocultarse apenas para que no le vieran. La iluminación de la calle había pasado a ser tan pálida que los hombres se veían como sombras borrosas incluso a poca distancia. Era seguro que los que salían de aquella casa no le iban a reconocer.

Pero él sí. El los había reconocido.

Cuatro hombres morenos, vestidos de una forma chillona, no muy corpulentos, pero llenos de nervio. Y una mujer que llevaba la cabeza baja y a la que sostenían por los brazos como si fuese a caer.

Lucile.

Leo no se sorprendió al verla otra vez y en aquellas circunstancias. En cierto modo esperaba que algo así ocurriese; Lucile sabía demasiado para haber pasado inadvertida a aquel grupo de asesinos.

Fue cosa de un instante el que aparecieran y volviesen a desaparecer. Ningún transeúnte se pudo fijar en ellos, excepto Leo. Recorrieron casi a paso de carga los metros que les separaban del automóvil y se introdujeron en él.

El automóvil era un «403», y Leo calculó que desaparecerían inmediatamente de su vista en cuanto lo pusiesen en marcha. Luego ya no habría quien los alcanzase, a pesar del abundante tráfico del *boulevard* Sebastopol. De modo que sin ningún disimulo empezó a recorrer velozmente la hilera de coches buscando uno cualquiera que tuviese puesta la llave de contacto. En Francia a un automóvil

no se le da demasiado valor, de modo que sus dueños suelen ser confiados. No llevaba Leo recorridos diez metros cuando vio un «Porsche» con las luces de situación encendidas y que sin duda, su dueño acababa de abandonar para cualquier gestión momentánea. La llave de contacto estaba puesta, y el «Porsche» es un automóvil muy rápido, capaz de seguir a otro cualquiera. Leo, sin pensarlo más, saltó al volante.

Un hombre grueso salió corriendo de un portal cercano.

—¡Ah! Oiga... Que se equivoca...

Era conmovedora la buena fe de aquel tipo, pero Leo ya no podía prestarle atención. Desatracó de la acera e inició la persecución del «403», que ya iniciaba en este momento su ruta.

Desde el teléfono fronterero, el policía dictaba:

—«Peugeot 403», negro, matrícula Seine-et-Oise, no puedo distinguir número. Parece llevar algo colgado en el cristal posterior. Le sigue un «Porsche», rojo, con escudos de ciudades adornando los cristales de las portezuelas. Va a mucha velocidad. No he podido leer la matrícula. En este momento remontan el *boulevard* Sebastopol. En el «Porsche» va un hombre solo, y en el «Peugeot», cuatro hombres y una mujer. No hagan disparos a ser posible.

Desde el otro lado del cable le ordenaron:

—Continúe ahí. Le enviaremos unos cuantos agentes para registrar la casa de donde han salido.

—A sus órdenes. Procure que sean hombres decididos por si hay tiroteo. Cuelgo.

El agente salió a la calle y aspiró el aire húmedo de la noche. ¡Encantadora noche de París! Lanzó una maldición en voz baja.

Mientras tanto los dos automóviles se dirigían raudamente hacia la salida de la ciudad.

En tanto el tráfico fue abundante, Leo no tuvo que preocuparse para no llamar la atención. Era imposible que entre tantos vehículos distinguieran especialmente el suyo. Pero en cuanto tomaron la autopista la situación varió.

Circulaban muy pocos vehículos a aquella hora. Tuvo que alargar las distancias todo lo posible para no llamar la atención. Y pensó que cuando llegasen junto a cualquier pareja de motoristas —pues todos debían estar avisados— iba a pasarlo mal.

Pero afortunadamente el «Peugeot» se desvió a la izquierda,

tomando una carretera secundaria, antes de que encontraran a la policía.

Aquel lugar estaba muy cerca de París, cuyas luces aún teñían el cielo negro por encima de sus cabezas.

Ahora Leo no podía continuar siguiéndoles sin ser notado. Aminoró la velocidad y dejó incluso que se perdieran de vista, pero de modo que aun pudiera distinguirlos periódicamente, en veloces y repentinas arrancadas de su «Porsche».

Cuando hubieron rodado unos treinta kilómetros más, el automóvil perseguido viró bruscamente a la izquierda.

Leo tuvo la suficiente calma para frenar en seguida y aparcar a un lado de la carretera, sobre la hierba. Cada vez que había acelerado para dar alcance al otro coche lo hizo con los faros apagados, aun a riesgo de matarse, y existían muchas probabilidades de que no lo hubieran visto. Pero de todos modos, no se atrevió a seguir.

Leo recordaba un poco aquellas carreteras, pues había vivido en París mucho tiempo antes de marchar a Argelia, y sabía que sólo algunos caminos vecinales existían a la izquierda en aquel sector. No era probable que el «Peugeot» hubiese ido muy lejos.

El joven cortó camino a través de un bosquecillo y cuando hubo recorrido aproximadamente un kilómetro, extrajo la pistola con silenciador acoplado, haciendo su marcha más sigilosa.

Los últimos metros los recorrió como si estuviese participando en una emboscada de guerra.

Sus precauciones tuvieron éxito.

El «Peugeot» estaba detenido entre unos matorrales, cerca del camino vecinal, y de los cuatro hombres que lo tripulaban al salir de París, tres se hallaban agazapados, en espera de que el «Porsche» tomase la curva. No cabía duda de que a pesar de todas las precauciones se habían dado cuenta de que eran seguidos por alguien.

Y tampoco cabía duda del recibimiento con que esperaban obsequiarle, porque los tres hombres iban armados con pequeñas metralletas automáticas.

Leo, que se había acercado a ellos por detrás, sonrió secamente.

Tenía que quedar otro tipo en el coche. No iban a engañarle con facilidad. Se acercó tanto al «Peugeot» que pudo mirar a través de

una de las ventanillas.

Nadie.

Sin duda el individuo que faltaba había llevado a Lucile a alguna casa que no debía estar lejos.

Aspiró el aire frío e intentó atisbar alguna luz entre las tinieblas. Pero todo estaba tan silencioso y quieto como en un cementerio.

Y de pronto, Leo dijo:

—Bueno, amigos. Ha terminado la comedia.

Los tres hombres, cazados por la espalda, dieron un brinco como si les hubiera recorrido una descarga eléctrica. Los tres se volvieron a la vez, y uno de ellos intentó levantar la metralleta contra la figura que estaba agazapada tras el coche. Leo hizo un solo disparo y le voló sin contemplaciones la cabeza. El hombre lanzó un extraño gruñido, soltó la metralleta y cayó de bruces a tierra.

Los otros dos no se atrevieron ni a moverse.

—Las armas al suelo —musitó Leo.

No se había producido ningún ruido aún, puesto que su pistola estaba provista de silenciador. Aunque la casa estuviese a cincuenta metros de distancia, era muy difícil que sus moradores se hubiesen dado cuenta de lo que sucedía junto al camino.

Las metralletas cayeron al suelo.

—¿De dónde infiernos sales? —musitó uno de los argelinos.

—Vengo de una fiesta.

No le interesaba perder tiempo. Ordenó:

—Volveos de espaldas.

Obedecieron. El se fue acercando poco a poco. Tomó las metralletas por el cañón y las arrojó entre unos matorrales. Los argelinos no se movían. Volvió a ordenar:

—Id hacia la casa con las manos plegadas sobre la nuca.

No se movieron.

—¡A la casa he dicho! ¡No me vais a hacer creer que está lejos de aquí!

Primero se movió uno, luego el otro. Se resistían a avanzar porque sabían que si aquel hombre llegaba hasta la guarida, la situación iba a ser muy difícil para ellos. Y aún se resistían a admitir que un hombre sólo pudiera haber deshecho toda su organización. Les convenía ganar algunos minutos, desorientarle...

Caminaban lentamente entre la oscuridad. Por sus vacilaciones.

Leo adivinó que no se dirigían hacia un lugar determinado, sino que intentaban atraerle a la espesura del bosquecillo.

—Muy bien —dijo—. ¿Quién de vosotros quiere morir primero?

En su voz había algo que hizo reflexionar a los dos africanos. Comprendieron que Leo era capaz de disparar. Cambiaron inmediatamente de dirección para dirigirse hacia una zona donde abundaban los claros. En uno de ellos pudo ver Leo la sombra ocre de una casa.

Las ventanas estaban apagadas.

—Llamad como si nada hubiera ocurrido.

Los dos prisioneros se acercaron a la puerta. Bajaron las manos para oprimir el timbre. Leo no podía mover ahora el brazo izquierdo, donde el dolor de la herida se había ido recrudeciendo. Con la automática preparada y todos los músculos a punto, aguardó.

La puerta empezó a abrirse.

Y los dos argelinos se volvieron a un tiempo, mientras saltaban hacia atrás, dispuestos a jugarse el todo por el todo.

Leo se dispuso a apretar el gatillo y en ese momento una voz dijo a su espalda:

—Suelta esa pistola o te vació un cargador entero en la cabeza.

Leo tuvo un estremecimiento.

No fue por aquella amenaza, que significaba la muerte para él. No fue por la brusca maniobra de los dos africanos.

Fue por aquella voz.

Leo abrió un poco la boca, sus dientes entrechocaron luego, en una extraña contracción de todos sus músculos, y dejó caer la pistola a tierra. Sabía que aquello era el fin.

El hombre que se encontraba a su espalda, había estado a punto de matarlo otras veces y no le perdonaría ahora después de permitirle oír su voz.

Flotaba una fría sonrisa en los labios de Leo cuando entró en aquella casa.

Era una finca de descanso, muy sencilla, construida sin duda, por algún comerciante o pequeño burgués, para pasar los fines de semana. El por qué aquellos asesinos estaban allí, era cosa que probablemente no averiguaría nunca. Los muebles, sencillos y en desorden, daban una triste sensación de abandono. Todas las

ventanas de la casa se hallaban herméticamente cerradas, pero las luces, dentro, estaban encendidas.

En una salita —la única habitación relativamente acogedora de la casa—. Leo vio dos mujeres con las manos atadas a la espalda y arrojadas de cualquier modo, igual que si fuesen fardos, sobre dos butacas. Una era Lucile y tenía una expresión serena. La otra, con los ojos dilatados por el miedo, debía ser Lorena Klecowitz.

El joven aún no se había vuelto para mirar al que le amenazaba. Pero tampoco hacía falta.

Aquella voz habló de nuevo.

CAPÍTULO XI

LA MUERTE AFRICANA

—¿Por qué no das media vuelta y me miras..., amigo?

Leo, poco a poco, giró.

Vio primero los zapatos, los mismos que ya había visto en otras ocasiones y que siempre le llamaron la atención porque denotaban una pequeña deformidad en el pie izquierdo. Vio luego el traje bien cortado, la mano derecha que empuñaba un revólver de cañón corto, el rostro, aquel rostro conocido...

... ¡Porque era el de Clouzot, el muerto de la Casbah!

—Te lo explicaré todo, ya que veo que no acabas de entenderlo —sonrió Clouzot, mientras se dejaba caer sobre otra de las butacas y se ponía a jugar con el revólver, aunque sin abandonar la vigilancia—. ¿No te sientas, Leo? ¿No te fatigan tantas sorpresas?

Leo se sentó en una silla, frente a él, pero sin despegar los labios que formaban en su cara una línea recta.

—Yo pertenezco al Frente Nacional de Liberación argelino, desde el principio de la rebelión —sonrió Clouzot—, pero no he de negarte que la independencia y el porvenir de Argelia me importan poco. La guerra es un negocio para mí, como lo es para los fabricantes de armas y para los espías. Pero mi negocio es de una clase muy especial.

—Me derrito de placer escuchándote —susurró el joven—. Continúa. ¿De qué clase es tu «negocio»?

—Poseo un grupo de hombres de acción y realizo atentados por cuenta de los rebeldes argelinos.

—Como si alquilaras los servicios de un grupo de gánsteres, ¿no es así?

—Veo que vas entendiendo. ¡Qué listo eres! Soy un simple

atracador y, sin embargo, para los argelinos, soy un héroe. Todo son ventajas... Pero continuaré. Como te decía, poseo un grupo de hombres de acción y realizo atentados, por cada uno de los cuales cobro buenas cantidades. Llegó un momento en que el Frente de Liberación necesitó dinero, y yo pensé facilitárselo.

—¿Cómo?

—Sencillamente, atracando joyerías y centros de recaudación y robando a cobradores de Bancos.

—Muy poco original. ¿Y qué?

—Logré reunir... muchos millones de francos. ¿Para qué voy a concretar la cifra? Poseía más medios de acción que cualquier otro pistolero de París y mis golpes eran siempre éxitos. Pero como es natural no todo lo entregaba a los rebeldes argelinos.

—Claro. Te lo impedía tu honradez...

—Sospecho que ellos me miraban con asco, y yo les miraba con asco a ellos. Así estaban las cosas y no podía fiarme. Necesitaba que el dinero lo tuviese alguna persona de la que los argelinos no pudieran sospechar, y si era posible más de una. Llamé a París, poco antes del robo de las joyas, a dos deliciosas amigas mías con las que había hecho amistad en Casablanca y Dakar. Como a ellas también les interesaba venir para conseguir algunos contratos en la capital, no hubo dificultades. Para avisarse de su llegada se advirtió en los anuncios, como estaba convenido, que ambas debutarían con la misma canción.

—Comprendo —silabeó Leo.

—Llegaron a París, Lorena y su compañera, la negrita. Deliciosa pareja... Les entregué una fortuna, es decir, todo lo que había logrado quedarme, y luego realicé el robo en la joyería. Dos de mis hombres murieron. Yo pensaba largarme a América con todo, pero a última hora no pude obtener el pasaporte y quedé bloqueado en París. Por entonces las cosas se pusieron feas en Argel, y el Frente de Liberación me exigió que actuase en África a partir de entonces. No podía negarme hasta que tuviera la salida asegurada, de modo que accedí, me enrolé en los paracaidistas, te conocí a ti... y empecé a dirigir diversos sabotajes que nadie se explicaba.

Leo le contemplaba con ojos donde se leía un frío odio, una honda repulsión.

—Explícame lo de aquella noche en la Casbah —pidió.

—Es muy sencillo. Yo, a pesar de todo, necesitaba un «golpe de efecto», algo que me acreditase ante los que me pagaban, porque la verdad es que las cosas se nos iban poniendo más feas cada vez. Entonces ideé lo de la bomba en plena Prefectura de París, pero como era una operación necesariamente mortal no pensaba realizarla yo mismo. Tenía aún muchos años de buena vida por delante... De modo que busqué un buen amigo, alguien lo bastante idealista y lo bastante tonto para meterse en un lío de ese calibre, sólo por desinteresada amistad. Y tú eras tan buen chico, Leo... Tan..., tan Quijote... El caso es que lo preparé todo y se transmitió la orden a dos terroristas argelinos de París para que depositaran la «carga» en determinada caja alquilada de determinado Banco. Luego sólo hacía falta una historia convincente y conmovedora... en la que para que todo fuese bonito, hacían falta una mujer y una niña.

—Pero ¿Lucile no es tu esposa? —saltó de repente Leo.

Clouzot lanzó una carcajada.

—¡Qué va a serlo! A Lucile la conocí en una granja saqueada de la región de Constantina que acababa de ser atacada por los rebeldes. No tenía a nadie. A nadie, excepto a una niña, hija de una hermana suya muerta por los asaltantes. La chica tenía buena voz, era guapa, era inteligente... La llevé a Argel y la recomendé a uno de mis innumerables amigos empresarios de variedades. Debutó bien, tuvo varios éxitos y la traje a París. Yo no formaba parte aún de los «paras» del general Massu. Lucile me estaba agradecida, quería proteger a la niña y por lo tanto no iba a hacer nada que la comprometiese. No obedecerme a mí era comprometido... De modo que cuando llegó el momento, la utilicé. Le dije: «Tienes que hacerte pasar por mi esposa. Vendrá un tipo lleno de buenas intenciones, te explicará que he muerto y te dará cuenta de un plan que yo habré detallado antes de morir. Tienes que decirle a todo que sí, tienes que decirle que lo siga. Luego, cuando el sujeto ese haya muerto, no vuelvas a acordarte de él». Naturalmente, Lucile tenía que obedecerme aunque eso no le gustase, porque de lo contrario, sabía que mis hombres podían tomar crueles represalias contra ella o contra la niña. ¿Te ha causado esto alguna sorpresa, mi entrañable amigo?

Sí, los ojos de Leo denotaban una violenta sorpresa. De nada

valía ahora que le dijese aquello, puesto que iba a morir. Pero saber que Lucile era libre, saber que había hecho todo aquello solo para salvar la vida de una niña, le llenaba de un infinito consuelo, de un dulce sentimiento, como si a pesar de todo, la existencia no fuese tan desesperada y tan amarga como le había parecido.

Pero la verdad era que aquello ya le servía de bien poco.

Dijo:

—¿Por qué no continuas? Me derrito al escucharte...

—Continuaré, si eso te agrada. Al fin y al cabo, es mejor que te vayas al infierno con la cabeza bien llena... Como decía, una vez estuvo todo preparado, aguardé la señal del Frente de Liberación. Aprovechando el atentado, yo debía desaparecer de Argel y volver a París, porque en África me estaba haciendo ya demasiado sospechoso. Para eso, claro está, lo mejor era fingir que ¡plaf!, me liquidaban. Yo había denunciado a uno de los espías franceses en la Casbah, y se me dijo que en cuanto viera ahorcado a ese hombre, todo estaría dispuesto para el atentado en París y para mi desaparición en Argel. Tú debes recordar que encontramos a ese ahorcado, Leo... —Hizo un displicente gesto con los brazos y añadió —: Fingir que me habían dado, con una simple pistola detonadora, sustituir mi cadáver por otro y volarlo a zambombazos de modo que no lo reconociera ni su abuela, fue cosa fácil. Y todo el mundo se lo tragó. Tú el primero, Leo...

—¿Qué pasó luego con las joyas? —preguntó fríamente, el joven, sin dejarse impresionar por el tono de Clouzot.

—Lo más sencillo del mundo. Lorena y Stella, las dos mujercitas a quienes había confiado las alhajas y casi todo mi dinero, sintieron tentaciones en vista de que yo no aparecía por París. Empezaron a imaginarse lo hermoso que sería desembarcar con toda aquella fortuna en cualquier puerto de América del Sur. Lucile, que las conocía, entró también en la combinación deseosa de librarse de mi presencia. Lorena y Stella, se dieron buena prisa en desaparecer, aún sin poder salude Francia, pero en aquellas fechas, yo regresé a París con un grupo de hombres que me eran fieles, un grupo de hombres de los que tú has eliminado unos cuantos Leo... Ordené que ninguna de las dos mujeres quedase con vida. En cuanto a Lucile, he averiguado ahora que estaba de acuerdo con ellas. He recuperado todo mi dinero, que tenían oculto en espera de una

ocasión favorable, y sólo me falta eliminar testigos, amigo del alma...

Había sacado de uno de los bolsillos de su americana, una navaja de las de resorte, que abrió con un suave movimiento. La brillante hoja de acero saltó al aire como la lengua de una víbora.

Lorena lanzó un grito y ocultó la cara, como si adivinase que iba a ser ella la primera en morir.

Había cuatro argelinos en la habitación. Leo rugió como una fiera acorralada y saltó sobre Clouzot, pero ocho brazos cayeron sobre él igual que zarpas y lo redujeron a la impotencia.

Leo parecía en estos momentos una bestia herida que sólo espera morir matando.

—¡No te atreverás! —rugió—. ¡No llegarás a tocarlas! ¡Nooo...!

Clouzot sonreía delicadamente.

—Ahora lo verás. Lo haré con tanta suavidad. Con tanta dulzura...

Movió la derecha, lanzó la navaja y ésta se clavó pérfida y brillante en el blanco escote de Lorena.

La mujer lanzó un chillido mientras miraba aquel mango que oscilaba macabramente sobre su piel, a cada respiración. La sangre empapó sus vestidos. Fue a arrancarse la navaja y Clouzot le ahorró el trabajo desclavándosela de un seco tirón.

Lorena gritó y perdió el sentido.

—No lo he hecho del todo bien... —susurró Clouzot—. Ahora junto al corazón...

Pero en ese momento, uno de los argelinos que sujetaban a Leo vaciló al sentir un golpe tras la rodilla. Su grito resonó en la habitación. Clouzot miró hacia allí y no pudo dar crédito a lo que veían sus ojos.

Leo, aprovechando la inercia del argelino que caía, había derribado también a otro. Se movía con tanta velocidad, con tan fantástica fuerza, pese a mover sólo bien el brazo derecho, que los otros dos hombres vacilaron también. Clouzot movió la navaja.

—¡Sujetadle un momento!

La lanzó creyendo tener seguro a su enemigo. Pero la contorsión salvaje de Leo hizo que la hoja de acero le rozase tan sólo, yendo a clavarse en la pared del fondo. Uno de los argelinos caídos sacó un revólver.

Leo se lo hizo saltar de un puntapié, que le quebró dos dedos.

Se arrojó sobre otro, le clavó la cabeza en el estómago, rodaron los dos por el suelo y le conectó en seguida un terrible golpe en la parte anterior del cuello, dejándolo en el suelo convertido en una piltrafa que jadeaba y lloraba al mismo tiempo. Dos de los hombres de Clouzot le estaban apuntando ya con sus armas.

Y se oyeron dos disparos.

Pero no los habían hecho ellos. Por el contrario, fueron sus inesperadas víctimas. Lucile, arrodillada en el suelo, había logrado recoger el revólver proyectado por el pie de Leo, y disparando de costado había logrado hacer fuego dos veces a pesar de sus manos atadas. A tan corta distancia, era imposible fallar. Los dos argelinos cayeron heridos, mientras soltaban sus armas.

Leo se arrojó en plancha sobre Clouzot, impidió que sujetara el mango de la navaja clavada en la pared y lo derribó al suelo de un rodillazo al bajo vientre. Un seco tirón le bastó para apoderarse de la navaja. Hizo un quiebro en zigzag, desorientó por unos segundos al único argelino que quedaba en pie y antes de que éste pudiera empuñar su pistola le había atravesado ya el corazón con la hoja de acero.

Se volvió, jadeando, con una luz de fiebre en sus ojos. Y, de pronto, sus labios se entreabrieron un poco, lo suficiente para que por ellos brotara una maldición.

Clouzot, puesto en pie, con sangre entre los labios, le estaba apuntando con una «*Parabellum*».

—Todo ha terminado, Leo —susurró—. Todos los locos como tú tienen un fin. Primero dispararé contra ti, luego contra Lucile, contra la bella e incitante Lucile. Los dos quedaréis en esta habitación unidos para siempre... Os felicito, amigos...

Leo le miró con desprecio. Ya no volvió a abrir los labios más. Se irguió un poco esperando la muerte.

—Yo lo merezco —susurró Lucile, de rodillas en el suelo—. Pero no dispaes contra él. ¡No dispaes...!

Clouzot apuntó mejor y empezó a hacer correr el gatillo.

Y en ese instante, los disparos hicieron estremecer la casa entera, lo ensordecieron todo, fueron como un terremoto que recorriese el edificio de un extremo a otro.

Clouzot recibió la ráfaga de costado, junto al corazón, y dio un

instintivo salto hacia atrás, intentando escapar. Pero la segunda ráfaga le alcanzó cuando sus pies volvían a entrar en contacto con el suelo y lo recorrió desde la cadera a la cabeza. Sus rodillas se doblaron, fue a lanzar un grito y en ese momento, una tercera ráfaga le voló completamente el cráneo.

El agente que había disparado con su metralleta, desde una de las ventanas, se llevó la mano a la frente para retirarse las gotitas de sudor que la perlaban.

—¡Diablos! Menos mal que he llegado a tiempo. ¡Pierre, Jacques! ¡Entrad!

Dos gendarmes uniformados saltaron por la ventana, mientras fuera, la noche se llenaba con el ruido de muchas pisadas que se acercaban corriendo a la casa.

—Hemos podido seguirle, amigo —dijo el policía de la metralleta—. Verdaderamente nos ha ayudado usted bastante y supongo que tendrá una explicación satisfactoria para lo de la Prefectura. Un argelino que acaba de morir ahí fuera, nos ha explicado bastantes cosas, y además, hemos visto la pelea. ¡Tú, Pierre, ve a buscar a un médico para que atienda a esa chica!

En efecto, Lorena vivía aún y su herida no parecía mortal. Leo mismo ayudó a transportarla al exterior, a uno de los automóviles.

Cuando la depositaba en el asiento, notó que le rozaba una mano femenina.

Se volvió un poco. Era la mano de Lucile.

Leo tomó esa mano y la besó suavemente.

Era la primera vez que besaba a una mujer con tanta delicadeza. ¡Y después de todo lo que había sucedido! Pero un hombre tiene que empezar a retinarse algún día, ¿no?

Lucile le dijo:

—Tonto...

Y entonces, él la besó en la boca.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

